

UNIVERSIDAD PANAMERICANA

Facultad de Teología
Licenciatura en Teología



**Dimensiones del daño de la imago dei, en el momento de la caída
desde una perspectiva soteriológica**

(Artículo Especializado)

Luis Arturo Cordón Cabrera

Guatemala, febrero 2019

**Dimensiones del daño de la imago dei, en el momento de la caída
desde una perspectiva soteriológica**
(Artículo Especializado)

Luis Arturo Cordón Cabrera

Lic. Juan Lemus

Asesor y Revisor

Guatemala, febrero 2019

Autoridades de la Universidad Panamericana

M. Th. Mynor Augusto Herrera Lemus

Rector

Dra. Alba Aracely Rodríguez de González

Vicerrectora Académica

M.A. César Augusto Custodio Cobar

Vicerrector Administrativo

EMBA. Adolfo Noguera Bosque

Secretario General

Autoridades de la Facultad de Teología

Dr. Fernando Mazariegos

Decano

Licda. Siomara Ceballos de Villeda

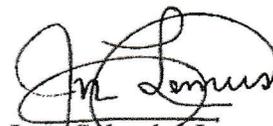
Coordinadora

Guatemala 12 de febrero de 2019

Dr. Fernando Mazariegos
Decano de la Facultad de Teología
UNIVERSIDAD PANAMERICANA
Ciudad

Respetable Señor Decano:

En virtud de que la modalidad de egreso Artículo Especializado con el tema **“Dimensiones del daño de la imago dei, en el momento de la caída desde una perspectiva soteriológica”**, presentada por el estudiante **Luis Arturo Cordón Cabrera**, previo a optar al grado Académico de Licenciado en Teología, cumple con los requisitos técnicos y de contenido establecidos por la Universidad, se extiende el presente dictamen favorable para que continúe con el proceso correspondiente.



Lic. Juan Salvador Lemus Palma
Asesor-revisor



UNIVERSIDAD PANAMERICANA

"Sabiduría ante todo, adquiere sabiduría"

ACUERDO DE APROBACIÓN E IMPRESIÓN DE TESIS

El estudiante **Luis Arturo Cordón Cabrera**, de la carrera de Licenciatura en Teología, ha presentado trabajo opción de egreso, Artículo Especializado, con el título "**Dimensiones del daño de la imago dei, en el momento de la caída desde una perspectiva soteriológica**".

LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

El Decano de la Facultad de Teología

CONSIDERANDO

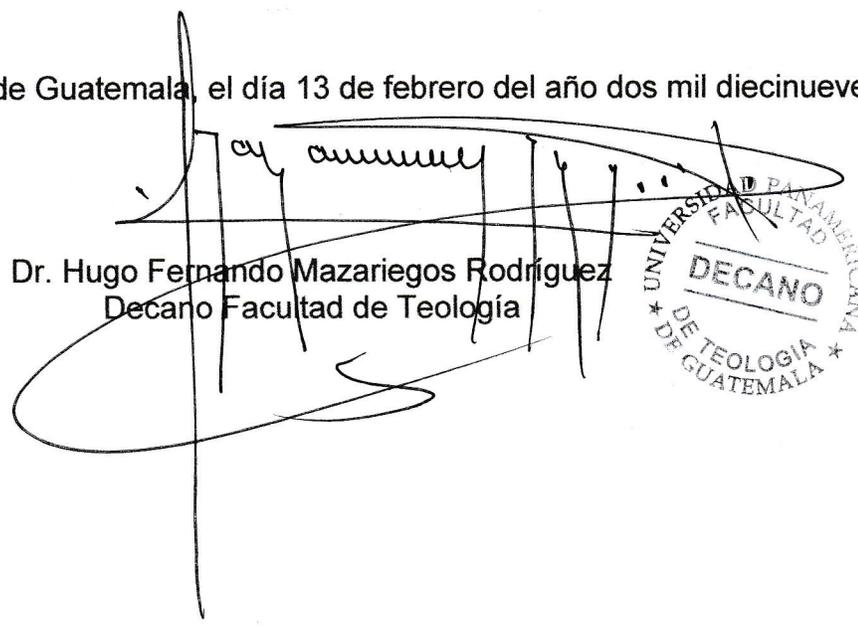
Primero: Que ha tenido a la vista el informe de opción de egreso, en donde consta que el estudiante en mención realizó la investigación de rigor, atendiendo a un método y técnicas propias de la Facultad, según dictamen emitido por el asesor y revisor para el programa de **LICENCIATURA EN TEOLOGÍA**.

Segundo: Que dicho trabajo reúne las cualidades básicas de una investigación de grado de Licenciatura.

POR LO TANTO

Emite **ACUERDO DE APROBACIÓN E IMPRESIÓN DEL Artículo Especializado**, "**Dimensiones del daño de la imago dei, en el momento de la caída desde una perspectiva soteriológica**", para que continúe con los trámites de rigor.

Dado en la ciudad de Guatemala, el día 13 de febrero del año dos mil diecinueve.


Dr. Hugo Fernando Mazariegos Rodríguez
Decano Facultad de Teología



c.c. Estudiante
Archivo Sede Zacapa

Nota: Para efectos legales, únicamente la sustentante es responsable del contenido del presente trabajo.

Contenido

Resumen	i
Introduccion	ii
Conceptos e ideas básicas	1
1.1 Imago Dei	1
1.1.1 Imagen y semejanza	3
1.2 La creación	4
1.2.1 Condición del hombre	8
1.3 La caída	10
1.3.1 Condición del hombre	11
1.3.2 Causa y efecto: pecado y muerte	13
1.3.3 La respuesta de Dios: el plan de salvación	14
1.4 Soteriología	16
1.4.1 Condición del hombre	17
1.4.2 Calvinismo, cinco puntos	19
1.4.3 Arminianismo, cinco puntos	19
La imagen de Dios, Imago Dei	21
2.1 La creación	21
2.1.1 Los dos relatos de la creación	24
2.1.2 Varón y hembra los creo	29
2.2 El hombre diferente al resto de la creación	32
2.3 La mujer y la Imago Dei	35
2.4 Como se entendió la Imago Dei a través de la historia	45
La Caída del hombre	57
3.1 Daño en la Imago Dei	59
3.1.1 Implicaciones	60
3.2 Dimensiones	62

Perspectiva Soteriológica	68
4.1 La respuesta de Dios	71
4.2 La condición del hombre	72
4.3 El plan de salvación	74
4.3.1 Jacobo Arminio	78
4.3.2 Juan Calvino	84
4.4 La restauración de la Imago Dei	91
Conclusiones	96
Recomendaciones	99
Referencias	100

Resumen

El tema “Dimensiones del daño de la Imago Dei, en el momento de la caída, desde una perspectiva soteriológica”, es interesante, y surgió por la necesidad de entender al hombre en su relación con su prójimo, con su entorno y con su Dios.

En este artículo se reflexionó sobre la condición del hombre y su proceder, identificando los elementos de su vida, tanto interior como exterior, que tienen relación directa con Dios su creador. De esta manera, se llega a la comprensión de las implicaciones que representan para el ser humano la pérdida de las bendiciones y atributos que poseía en el huerto del Edén, mismas que como le fueron canceladas, como consecuencia del pecado original, también conocido como la caída,.

Es de vital importancia, la exposición de la propuesta de Dios, a cerca de la condición del hombre después de la caída, considerando que el plan de salvación es la respuesta a la miseria del hombre, el cual ante su finitud e intrascendencia solo encuentra desesperación y desolación. Dios tiene una buena noticia para el hombre.

Por medio del análisis y estudio de materiales bibliográficos relativos al tema, se hizo una presentación sencilla y útil para el lector de este artículo, en cuanto a la comprensión, identificación y conocimiento de los elementos perdidos de la Imago Dei, de la esperanza que significa para el hombre el plan de salvación de Dios, y de la figura fundamental de Jesucristo, quien es la imagen de Dios, el autor y consumidor de ese plan de salvación, y por último, el mismo Jesucristo se constituye en la imagen que todo creyente tiene como modelo, y como meta a alcanzar, para gozar del galardón prometido al final de los tiempos.

Introducción

i. Planteamiento del problema

Cuando el ser humano se encuentra rodeado de eventos cargados de violencia, dolor, amargura, desconsuelo y desesperación; cuando el ser humano no logra explicar de forma satisfactoria la maldad que gobierna la sociedad, y no consigue dar respuesta al sufrimiento, tiende a sospechar de la bondad y del amor de Dios, expuesto por las Escrituras y predicado por los creyentes. Surgen dudas sobre la intención y la voluntad de Dios frente a los actos del hombre, queriendo responder ¿Por qué Dios permite tanta maldad?

Adicionalmente, y en busca de dar respuestas, el estudio teológico pretende encontrar respuestas en la condición del hombre separado de Dios y gobernado por el pecado; ¿Qué ha pasado con el hombre? ¿Existe aun dentro de su interior algo de Dios? ¿Contiene el hombre la capacidad de hacer el bien a sus semejantes? Este mismo estudio teológico no tiene una sola propuesta.

Básicamente las posturas sobre estas interrogantes y sus repuestas, se inclinan de acuerdo a su entendimiento y comprensión de las verdaderas consecuencias y del daño que el pecado y la caída, causaron en la Imago Dei relativa al hombre. Mientras que un grupo de estudiosos ha creído que la imagen de Dios fue destruida, negando al hombre toda capacidad de responder al llamado de Dios, y por ende lo considera incapaz de ser bueno por sus propias fuerzas y su propia voluntad; otro grupo defiende que una parte de esa imagen quedo, dañada ciertamente, pero que es a través de ella, que el hombre responde a su Dios, y puede generar en su interior bondad y amor hacia sus semejantes. Sin embargo, ante tal discusión inconclusa, surge la necesidad de realizar la investigación sobre las dimensiones del daño de la Imago Dei partiendo del momento de la caída de hombre en el huerto del Edén.

ii. Justificación

El motivo de esta investigación es exponer a cerca del alcance y la dimensión que representa el daño de la imagen de Dios, denominada Imago Dei, establecida en el hombre como plan original de Dios, resultado de su gracia y de su soberana voluntad. Existe la necesidad de definir qué paso con el hombre, es decir, el enfoque antropológico de la caída y sus consecuencias, seguido de la respuesta de Dios, por medio del plan de salvación, para la restauración de su imagen en el hombre. Se debe tomar en cuenta que si hubo daño total o parcial de la Imago Dei en el hombre, también habrá una restauración final, el cumplimiento de una promesa divina, en la consumación del tiempo establecido por la voluntad de Dios, cuando en el hombre será restablecida la imagen de Dios, juntamente y a partir de Jesucristo, quien es el primogénito de toda creación, y como leemos en la Escritura, también es la imagen del Dios invisible.

De manera que, al quedar terminado el presente artículo, el mismo sirva como aportación, para el crecimiento y edificación de la iglesia, entendida como comunidad de fe, y que además se convierta en un recurso disponible para futuros estudios e investigaciones relacionados al tema.

iii. Objetivos

Objetivo general: Encontrar las dimensiones del daño de la Imago Dei, en el momento de la caída, desde una perspectiva soteriológica.

De manera general, se puede decir que se desea conocer el daño causado en la Imago Dei, por la caída; se pretende inicialmente, conocer y entender los conceptos e ideas básicas que se hacen presente en el momento de tratar este tema, es decir, que a opinión del autor de este artículo, no se puede hablar o intentar buscar respuesta sin tener claridad de los conceptos que participan o están involucrados en el postulado. El objetivo es presentar ante el lector los diferentes puntos de vista, y ponerlos “sobre la mesa”, para que teniendo a mano las propuestas, se pueda obtener el mejor provecho de este artículo. Adicionalmente se estará exponiendo el punto de vista personal.

Sin importar demasiado, el resultado o la respuesta, sobre si la imagen de Dios se dañó, total o parcialmente, será mucho más importante, presentar el plan de salvación, nacido de la voluntad de Dios, y llevado a cabo en Jesucristo, como la única posibilidad para que la Imago Dei sea nuevamente restablecida en el hombre.

Objetivos específicos:

Definir conceptos e ideas tales como: Imago Dei, soteriología, gracia, creación, pecado, caída, así como la diferencia entre imagen y semejanza, la condición del hombre antes y después de la caída, el punto medular de la caída, y sus consecuencias en la condición del hombre ante Dios y su prójimo, la muerte como consecuencia del pecado y la oferta de salvación de Dios, para que la Imago Dei sea nuevamente restablecida en el hombre.

Obtener el conocimiento sobre qué y cómo era la Imago Dei en el hombre, para la comprensión de la condición del primer hombre en su relación con Dios y con la creación, entendiendo al hombre como corona de esa creación, puesto sobre ella y ella a su vez, bajo responsabilidad del hombre.

Exponer las consecuencias, en la Imago Dei, considerando las implicaciones y dimensiones de ese daño provocado por la caída del hombre, y respondiendo a las siguientes interrogantes: ¿Qué pasó con la imagen de Dios en el hombre? ¿Murió la Imago Dei? ¿Aún existe algo de Dios en el hombre?

Analizar la respuesta de Dios por medio del plan de salvación, ante la caída del hombre, según los puntos de vista protestantes de Jacobo Arminio y Juan Calvino, que exponen cada uno la gracia salvadora con implicaciones de la restauración de la Imago Dei. El plan de salvación deberá ser expuesto, como la única esperanza que la humanidad tiene para volver a tener y para volver a ser la Imago Dei, la imagen de Dios restaurada.

iv. Metodología

Para la elaboración de este artículo, se procede a la lectura de literatura que aborda los diversos temas relacionados con la Imago Dei, los cuales son mencionados sabiendo que son parte importante para llegar a una completa y útil comprensión. De estos materiales, se estará utilizando y presentado referencias bibliográficas con la intención de reforzar la idea expresada en cada tema.

Se desglosa el tema inicialmente, haciendo mención de los conceptos e ideas generales, para que a partir de ellos, se pueda analizar la Imago Dei, la caída juntamente con sus dimensiones e implicaciones y por último, la oferta de salvación, entendida bajo los enunciados soteriológicos previstos por Dios como respuesta.

Las citas bíblicas son transcritas de la Biblia Reina Valera revisión del año 1960, y las mismas se describen en tipo de letra cursiva.

Conceptos e ideas básicas

Con la intención de alcanzar el máximo provecho, al momento de definir el alcance y las dimensiones que la caída ocasionó en la condición del hombre, se hace necesario comenzar por identificar los conceptos principales y las ideas relativas al tema; estos surgen porque están relacionados y a partir de su identificación y definición se pueden comprender de una mejor manera.

Cuando hablamos de la imagen de Dios en el hombre, también surgen conceptos o ideas, tales como, creación, hombre, imagen y semejanza, gracia, pecado, caída, restauración, perdón y reconciliación.

Como base primordial y punto de partida, creemos, aceptamos y reconocemos que Dios soberano, es el creador. El creó, los cielos y la tierra, los astros, planetas, y las estrellas, plantas y árboles, animales de todas las especies, y por ultimo según el relato del libro de Génesis, Dios creó al hombre, con una característica especial: A su imagen y semejanza.

1.1 Imago Dei

¿Qué se entiende por el término Imago Dei? Es un término en latín, que significa Imagen de Dios. Y se refiere a la condición y característica, con que la Escritura detalla que fue hecho el hombre al momento de su creación por Dios mismo.

Encontramos en la Escritura algunos pasajes que hacen mención de la imagen de Dios. Probablemente el más conocido y utilizado sea el pasaje del capítulo 1 de Génesis:

Y creo Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creo, varón y hembra los creo. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Génesis 1:26-27

Encontramos otro relato, como una recapitulación de las obras de Dios, descrita en el pasaje del capítulo 5 de Génesis: “Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo”. Génesis 5:1

Se ha entendido a la luz de estos dos pasajes, que el hombre fue creado, bajo un modelo, una idea preestablecida y conocida: la imagen misma de Dios. El hecho que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, es una verdad reconocida y aceptada.

Adicional a estos pasajes, más adelante encontramos una prohibición ordenada por Dios, a cerca del homicidio, basada en la premisa de no hacer daño al hombre porque ha sido hecho a imagen de Dios, como vemos en el capítulo 9 de Génesis: “El que derramaré sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre”. Génesis 9:6

Notamos en el anterior pasaje, que no está dando a entender que los hombres aun mantengan la imagen de Dios, sino que está indicando que al momento de su creación, el hombre fue hecho a la imagen de Dios.”

Después de esto, no se encuentran en el Antiguo Testamento mas referencias a la imagen de Dios en el hombre, pero si existen un par de menciones en libros apócrifos. Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser.” Sabiduría 2:23 (Biblia de Jerusalén).

El Señor creó al hombre de la tierra, y a ella misma le hará volver de nuevo. Asigno a los hombres días contados y un plazo fijo, y les concedió también el dominio de la tierra. Los revistió de una fuerza como la suya, a su propia imagen lo creo. Eclesiástico 17:3 Biblia de Jerusalén.

Vemos entonces que desde tiempos antiguos, al hombre se le ha entendido, desde la perspectiva bíblica, como una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, siendo esta una cualidad única en todo la creación, ya que según leemos, no hay otra criatura a quien Dios haya concedido esta condición o característica. Al respecto coincidimos también con el comentario de Ruiz de la Peña:

La afirmación primera de la antropología bíblica reza: el hombre es criatura de Dios. Los documentos yahvista (Gen 2) y sacerdotal (Gen 1) contienen sendos relatos de creación del hombre en los que se glosa esta afirmación fundamental. (Peña, 1988, pág. 19)

No hay lugar para dudas, el hombre es una criatura de Dios, y Dios le hizo a imagen y semejanza de él. En el hombre estaba manifestada, cuando fue formando, lo que hemos mencionado como Imago Dei.

1.1.1 Imagen y semejanza

El concepto imagen nos da la idea de una representación grabada, pintada, dibujada o esculpida de una persona. Es una figura, representación, semejanza y apariencia de una cosa.

Mientras que el concepto de semejanza, nos indica algo que se asemeja o se parece a una persona, o una cosa. Se usa también cuando existe un parecido a una persona o cosa, y se tiene conformidad con ella.

Como cualidad y característica propia del hombre, es necesario hacer un análisis del comentario de Martínez Sierra, al respecto de la imagen y semejanza del hombre con relación a Dios el creador, el dice:

La expresión a imagen y semejanza de Dios indica una clara distinción entre el hombre y Dios y al mismo tiempo una semejanza. El hombre no es Dios. Una cosa es la imagen y otra aquello de lo que es imagen. Por otra parte, el hombre tiene un parecido a Dios que ninguna de las demás criaturas posee. Al afirmar que el hombre es imagen de Dios se afirma a la vez la trascendencia y la inmanencia de Dios en la existencia humana. (Sierra, 2002, pág. 100)

Así como hemos reconocido y afirmado que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, en ningún momento se entiende o se debe aceptar que el hombre es un Dios, sino que el hombre es parecido a Dios, y no se parece a ninguna otra criatura del mundo. El hombre no es Dios. Sin embargo, solamente en el hombre es utilizada esta expresión: a imagen y semejanza de Dios.

En el relato del versículo 26 de Génesis 1, encontramos el termino hebreo (*tselem*), que se traduce como imagen. En un sentido más concreto, significa estatua, o forma, de tal manera que pudiéramos entender la lectura de dicho pasaje, algo muy parecido a la expresión: “*hagamos que los humanos se parezcan a nosotros*”.

El termino hebreo (*demuth*), es utilizado en algunas versiones, por ejemplo, la Biblia de Jerusalén, y se traduce como semejanza.

Ahora bien, para intentar algún tipo de definición sobre la imagen de Dios, podemos apoyarnos en el estudio presentado por el teólogo Millard Erickson, en su Teología Sistemática, quien hace mención de tres puntos de vista generalmente aceptados por los estudiosos sobre cómo hemos de entender la naturaleza de la imagen. Estos serían:

El punto de vista *sustantivo*: entiende la imagen como ciertas características que hay dentro de la misma naturaleza humana, ya sean físicas, psicológicas o espirituales.

El punto de vista *relacional*: que considera que la imagen no es algo que esté presente de forma inherente o intrínseca en los seres humanos, sino que esta se experimenta a partir de su relación con Dios y con los demás hombres.

El punto de vista *funcional*: considera que la imagen no es algo que el ser humano es, o experimenta, sino algo que el ser humano hace.

Con relación a estos puntos de vista, se estará ampliando más adelante, tomando en cuenta que la intención de este momento es solamente conocer los conceptos y las ideas generales.

1.2 La creación

Entendemos la creación como el relato bíblico que describe la iniciativa soberana de Dios, para crear por medio de su palabra, todas las cosas, a partir de la nada. Según el relato bíblico, este proceso fue llevado a cabo en el lapso de 6 días; considero de suma importancia, hacer notar que el termino hebreo (יֹם) *yom*, es utilizado para definir tanto un día de 24 horas, como un periodo de tiempo finito, pudiendo ser este una era, una época, o una temporada. No se ampliara sobre el debate existente a cerca de la correcta interpretación del término hebreo *yom*, porque nos desviaríamos del propósito de este artículo.

Estos seis días (*yom*), se describen en el relato de la creación, uno tras otro, mostrando un orden secuencial, y como si se tratara de la cúspide de una pirámide, en la cumbre, al sexto día, Dios le da vida a su máxima creatura, y le presenta como la corona de toda la creación.

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; Todo lo pusiste debajo de sus pies; Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar. Salmos 8:3-8

Hasta ahora, podemos identificar dos premisas vitales, para la comprensión teológica sobre la creación, y tienen que ver con la afirmación que exclama que Dios es el creador de la tierra y de todo lo que hay en ella, y que todo lo hizo con el poder de su palabra, descrita en la Escritura con la expresión: “y dijo Dios”.

El mundo y todo lo creado pertenecen a Dios, esto lo expresa también el comentario de von Rad, de la siguiente manera:

Basto una breve manifestación de su voluntad para llamar el mundo a su existencia. Pero si el mundo es producto de su palabra creadora, se distingue esencialmente de Yahveh, no es una emanación ni una manifestación mítica de la naturaleza divina y de su poder. (Rad, 1969, pág. 192)

Todas las cosas creadas fueron llamadas a la existencia, es decir a la realidad, únicamente por la palabra de Dios, manifestando de esta manera su gran poder creador, y del cual solamente basto la expresión de su voz para que su deseo y su voluntad se cumplieran y fuera visible. Por lo tanto, se hace manifiesta y evidente la diferencia que separa al creador de la creatura, ya que simplemente el hombre no se formó solo, o por una obra distinta, determinando su lugar, y dando pasó a la dialéctica creador-creatura. La correcta comprensión de este sencillo detalle, favorece en el hombre el deseo de volver a su creador, y de someterse a su voluntad.

Como sigue escribiendo Von Rad, entendemos que Dios es el dueño de lo creado, por derecho; él ha sido su diseñador, su formador, su creador y su sustentador, por lo tanto él mismo ha establecido los términos que rigen la creación, haciendo uso de su gran sabiduría, su presciencia, y por sobre todas las cosas sus soberanía.

La única continuidad entre Dios y su obra es la palabra. Sin embargo, sería falso entender esta concepción tan importante en sentido puramente negativo, como si fuera una definición limitativa. Si el mundo comenzó a existir por la libre voluntad de Dios, es su propiedad exclusiva y Dios es su señor. (Rad, 1969, pág. 192)

Con relación al relato bíblico sobre la creación, también se sabe que existen varios relatos que corresponden a religiones paganas, que también presentan a un dios del universo, formando la tierra con sus palabras. Se consideraran al menos dos. En la epopeya babilónica de la creación, Marduk prueba su potencia divina llamando a la existencia un objeto por medio únicamente de su palabra y luego de la misma manera lo hace desaparecer. En la religión egipcia, Ptah, el dios del universo, realiza su actividad creadora con el corazón y la lengua, podemos decir, por medio de sus palabras, dando vida a las aguas primordiales, a Ra el dios del sol, etc. Al parecer los relatos tienen algunos detalles paralelos, pero primordialmente entendemos la concepción muy extendida en aquellas regiones sobre el poder mágico de la palabra, la cual alcanzaba su máxima plenitud en la palabra expresada por una divinidad. Sobre esto buscaremos exponer más detenidamente con la intención de ampliar el panorama del estudio teológico de la creación.

También debemos considerar que antes de que el relato comience a presentar a Dios, creando por medio de su palabra, encontramos en la Escritura que la tierra se encontraba desordenada y vacía, sin embargo, no debemos entender estos elementos como fuera de la creación de Dios, y que estuvieran ahí antes que él llegará y que entonces a partir de ello dio forma a su creación: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.” Génesis 1:1-2

Al respecto, y para tratar de comprender el caos y el abismo, puede aportarnos algo más el comentario de von Rad:

El versículo anterior (v. 1) no nos autoriza a decir que sea increado, como si Dios lo hubiera encontrado ya preexistente. Por otro lado resulta casi imposible de imaginarse un caos creado, pues lo creado no es caótico. (Rad, 1969, pág. 193)

Resulta de suma importancia comprender que a la luz de la Escritura, no existía nada anterior a lo creado por Dios; lo que la Escritura asevera es que las cosas creadas, las regiones o lugares celestes, los elementos, y los habitantes de lo creado, todos provienen de Dios. El comentario de Von Rad continúa con el siguiente versículo:

Aun así, el v. 2 tiene una función teológica particularmente importante en el cuadro de conjunto, pues el caos es la amenaza por excelencia de la creación; él es, en efecto, una de las experiencias primordiales de la fe en la creación: Dios saca al mundo de lo informe y lo mantiene sin cesar sobre su propio abismo. (Rad, 1969, pág. 193)

Continuando con la narración de la historia de la creación, la Escritura hace un marcado énfasis, en el día séptimo, como el día en que Dios, habiendo visto su creación y habiendo considerado toda su obra como buena, pone fin a esa obra creadora.

Fueron pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposo el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santifico, porque en él reposo de toda la obra que había hecho en la creación. Génesis 2:1-3

A lo largo del Antiguo Testamento y también acerca del relato de la creación, los exegetas han considerado que se cuenta en la Escritura con dos relatos paralelos, y la razón se debe a la existencia del mismo relato en dos documentos diferentes que fueron adheridos al libro de Génesis, y que se considera que fueron redactados en diferentes fechas. A estos documentos se les ha conocido como el documento sacerdotal y el documento yahvista. En ambos relatos encontramos un énfasis y una inclinación para entender la creación como una preparación de la actividad salvífica de Dios manifestada en el pueblo de Israel. También de esto ampliaremos más adelante.

1.2.1 Condición del hombre

Conviene empezar este concepto, entendiendo que efectivamente existe una condición del hombre previa a la caída, y otra condición consecuente o más bien sobreviviente después de la caída. Para poder identificarlas o distinguirlas, debemos revisar lo que la escritura dice de esa condición del hombre, y también la concepción que el pueblo de Israel tenía sobre esa condición cuando el hombre estuvo viviendo en el paraíso, el tiempo previo a la caída.

Veremos entonces, la condición del hombre, en el espacio de tiempo que transcurrió entre el momento de su creación y el momento de la caída. La Escritura no ofrece una definición abstracta del hombre. Sin embargo, el escritor Juan Luis Ruiz de la Peña, en su libro *Imagen de Dios*, nos hace un compendio relacionado con la condición del hombre, partiendo del pensamiento hebreo y del Antiguo Testamento, en el que destaca tres dimensiones del ser humano que expresan sus tres relaciones fundamentales, a saber:

La carne (*basar*), permite el encuentro del hombre con seres de su especie.

Dotado de vida o aliento (*nefes*), por lo cual el ser humano es solidario con los otros seres vivos, especialmente con aquellos que necesitan respirar aire.

Y por el espíritu (*ruaj*), que le infundió su Creador, por medio del cual puede relacionarse libremente con Dios. Entender este punto, es de vital importancia, para la comprensión de la presencia de la imagen de Dios en el hombre.

Debemos hacer mención, de que al momento de definir al hombre, a lo largo de la historia se ha entendido de una forma muy común, que la constitución de los seres humanos es dualista, es decir: alma y cuerpo. A manera de comentario, diremos que la teología Católica, ha identificado al hombre bajo una comprensión dualista, es decir, formado por alma y cuerpo.

Sin embargo, la Escritura no divide al hombre en dos partes, alma y cuerpo, sino que define al hombre como un ser formado por tres elementos: espíritu, alma y cuerpo: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. 1ª Tesalonicenses 5:23.

Dios creó al hombre, y lo formo usando polvo de la tierra, después según leemos el relato, el mismo Dios soplo sobre el hombre, aliento de vida en su nariz. Ahí tuvo su origen el alma del hombre, cuando el aliento de vida se convirtió en el espíritu del hombre, y este entro en contacto con el cuerpo del hombre. Cuando leemos al autor Watchman Nee, en su libro El hombre espiritual, encontramos que, según su pensamiento, el alma es la combinación del cuerpo y el espíritu del hombre, describe que la Escritura llama al hombre, un alma viviente. Lo anterior puede ser ampliado, por su siguiente comentario:

Un hombre completo conformado por tres elementos: el compuesto de espíritu, alma y cuerpo. Según Génesis 2:7, el hombre fue hecho de solo dos elementos independientes, el corporal y el espiritual. Pero cuando Dios puso espíritu dentro del armazón de tierra se creó el alma. El espíritu del hombre, al entrar en contacto con el cuerpo muerto, produjo el alma. (Nee, 2005, pág. 25)

Según vemos, en el comentario anterior de Nee, notamos que ha identificado que cuando el relato describe, que Dios formo al hombre del polvo de la tierra, se refiere al cuerpo del hombre; cuando soplo en su nariz aliento de vida, está hablando del espíritu del hombre; y cuando menciona que el hombre se tornó en un alma viviente, se refiere al alma. Por lo que, él no encuentra inconveniente en entender al hombre como un ser compuesto por tres elementos, es decir: su espíritu, su alma y su cuerpo.

Sin embargo, me parece muy oportuno agregar aquí, un punto medular: *basar* y *nefes* identifican al hombre entero. No son partes o aspectos diferentes que se unen y componen la estructura humana, es decir, que la suma de ellas no da como resultado al hombre. Sino que, todo hombre es *basar*, y todo hombre es *nefes*; podríamos decir que el hombre es una unidad psicosomática, cuerpo animado y/o alma encarnada.

La condición del hombre en el paraíso, no está narrada con detalles en la Escritura, sin embargo, por medio de esa misma narración podemos encontrar mensajes que identifican contenidos teológicos fundamentales para la comprensión de nuestro estudio, de manera que podemos identificar y enunciar algunas condiciones que acompañaban al hombre en este tiempo.

En primer lugar, nos encontramos con un estado de santidad, justicia y de gracia. Una gracia que le permitió ser creado y ser llamado a tener una relación directa con Dios.

Encontramos también la inmortalidad, el relato nos presenta la idea de que la muerte no estaba incluida en el plan original de Dios sobre el hombre. Para entender bíblicamente la noción de la inmortalidad debemos tomar en cuenta que la muerte tiene en la Escritura un sentido que simplemente rebasa el ámbito biológico. La muerte es el signo de la exclusión de la comunidad del pacto, del alejamiento del pueblo escogido. Tal vez podemos ampliar el concepto, si revisamos el comentario de Ladaría, que expresa:

Vida y muerte son, pues, dos nociones que rebasan lo biológico, aunque ciertamente incluyan este elemento; son expresiones de la presencia o la ausencia de la amistad y relación con Dios. La vida es el bien prometido al hombre si obedece a Dios y es fiel a la alianza; la muerte es, por el contrario, el castigo de la desobediencia. (Ladaria, 1993, pág. 45)

Y por último, la integridad o la ausencia de concupiscencia, entendiendo la integridad ligada íntimamente a la libertad que el hombre tiene para escoger sus decisiones, y entendiendo la concupiscencia como aquello que proviene del pecado y que se inclina al pecado, no es solamente el deseo del mal, sino también todo apetito que antecede las decisiones libres del hombre.

Con la intención de entender mejor la concupiscencia, abordamos el comentario que hace Ladaria sobre la explicación que señala el concilio de Trento al respecto:

No es estrictamente pecado, pero de él proviene, y a él inclina. Y si la concupiscencia procede del pecado, podemos decir también que la integridad o libertad procede de la gracia, es el fruto de la presencia del Espíritu en nosotros. (Ladaria, 1993, pág. 50)

1.3 La caída

Conocida también como el pecado original. Se refiere a la desobediencia del hombre ante los requerimientos de Dios. El hombre le dio la espalda a la oferta de amistad hecha por Dios, y permitió que el pecado se interpusiera entre él y su creador.

Debemos reconocer que en gran medida, es necesario la correcta interpretación y entendimiento de la condición original del hombre, para poder asimilar toda la dimensión de la caída. Iniciando por entender que el mismo término “caída”, tiene una implicación clara, que hace referencia a un estado superior, del cual el hombre es denigrado, expulsado o destituido.

La caída es el nombre con el que se conoce al evento en el cual, el hombre haciendo uso de su libertad, decide voluntariamente darle la espalda a la gracia que lo creó y lo formó, mostrando con una sola acción de desobediencia, su inclinación y su deseo de ser como Dios, que es según entendemos lo que motivó su precipitación hacia el pecado.

Un concepto unido a este tema, es el que considera la condición universal de la humanidad en la reflexión del pecado original, sobre esto se ampliará en el capítulo tres.

1.3.1 Condición del hombre

Volvemos a retomar el comentario, acerca de que existe una condición del hombre previa, a la caída y ahora nos corresponde tratar al menos de forma general, la condición del hombre después de su desobediencia, la cual como hemos mencionado también es conocida con el nombre de pecado original.

Es de vital importancia, tener presente la condición previa del hombre, porque nos permite hacer un énfasis en los elementos y características de su condición que resultaron alterados, dañados, suprimidos, extirpados, o sencillamente devaluados como resultado del pecado y la desobediencia.

Es posible que nos resulte más provechoso, conocer lo que él hombre perdió de su condición original, para llegar a tener un mejor panorama de su condición luego de la caída.

En este sentido, como vimos en la condición original, encontramos que el estado de santidad, justicia y de gracia, así como la condición de inmortalidad; la integridad y ausencia de la concupiscencia, propias del estado original, ahora simplemente han desaparecido.

Con la intención de conocer el concepto, abordaremos levemente la condición y participación de cada uno de los elementos del hombre, en su ser, es decir, su espíritu, su alma y su cuerpo, de manera que cada uno de ellos estaban unidos entre sí, y mantenían una comunión y dependencia, entre ellos y en perfecta armonía, comunión y participación con Dios. Buscamos razonar para entender también de que manera, la desobediencia tiene una implicación más profunda, que tiene que ver con la decisión libre del hombre, ante la opción de obedecer a Dios, o escuchar la voz de

Satanás y su ofrecimiento para que el hombre en vez de morir, llegara a ser como Dios, conociendo el bien y el mal.

En la condición original del hombre, el espíritu del hombre, estaba en comunión directa con Dios, su alma sujeta al espíritu y el cuerpo sujeto a ambos, en una perfecta armonía. Dicha armonía fue trastornada, cuando el hombre haciendo uso de su libertad, decide que quiere conocer el bien y el mal, dando prioridad a los deseos del intelecto y la razón, inclinando su corazón al deseo de querer conocer todas las cosas, y cometiendo el mismísimo pecado que Satanás, el cual era según leemos en la Escritura su deseo de llegar a sentarse en el trono de Dios y ser como él.

Aunque en este apartado estamos hablando únicamente de conceptos, los cuales serán ampliados detenidamente más adelante, consideramos necesario, utilizar el comentario que hace Nee, al respecto de la decisión del hombre, la cual expresa de forma muy ilustrada la condición en la que el hombre quedo a consecuencia de esa decisión; leemos entonces:

La fruta del conocimiento del bien y del mal eleva al alma humana y suprime al espíritu. Dios no prohibió al hombre que comiera de esta fruta simplemente para probar al hombre. Se lo prohíbe porque sabe que comiendo de esta fruta la vida del alma del hombre será tan estimulada que la vida del espíritu quedará ahogada. Esto significa que el hombre perderá el auténtico conocimiento de Dios, y en consecuencia, estará muerto por él. (Nee, 2005, pág. 44)

En realidad, el pecado radica en la intención del hombre por su búsqueda de algo más, un conocimiento que lo alzara en su condición de criatura, y que le otorgara otra condición. El hombre quiso ser como Dios, haciendo uso de su libertad, tomo la decisión y se inclinó por el conocimiento, por incrementar el intelecto de forma consciente. Encontramos acá otro detalle interesante, que tiene que ver con la decisión que Adán tuvo que tomar, cuando Eva probo del fruto prohibido, es decir que en el momento que él también comió, decidió de forma consciente, acompañar a su pareja, decidió ser solidario con ella, escogiendo participar junto a ella, y por lo tanto desobedecer lo ordenado por su Creador. El hombre decidió apostar por él mismo, para que desde ese momento en adelante su intelecto lo guiara, según lo amplía el comentario de Nee:

La prohibición de Dios muestra el amor de Dios. El conocimiento del bien y del mal en este mundo es malo en sí mismo. Este conocimiento surge del intelecto del alma del hombre. Hinchó la vida del alma y, por consiguiente, rebaja la vida del espíritu al extremo de que ésta pierde todo conocimiento de Dios, hasta el punto de que queda como muerto. (Nee, 2005, pág. 44)

Solamente podemos agregar que el hombre decidió buscar el conocimiento intelectual del alma, y darle la espalda al conocimiento de Dios. En esta decisión actuó en franca rebeldía y en desobediencia, por lo que se produjo su caída de la gracia creadora y original. Ha muerto, ha perdido la Imago Dei. Esa es después de la caída, su condición.

1.3.2 Causa y efecto: pecado y muerte

El pecado de desobediencia, es la causa, que tiene como efecto o consecuencia, la muerte, la cual no es únicamente entendida bajo premisas biológicas, sino principalmente comprendida como muerte de su espíritu, la cual es definitivamente muchísimo más terrible.

Encontramos en este concepto nuevamente, la condición universal del pecado original, la cual compromete a toda la humanidad, representada por un solo hombre y que también es copartícipe de las consecuencias y culpable ante Dios, debido precisamente a esa universalidad pecaminosa.

¿Qué es el pecado? Primordialmente podemos empezar definiendo que el pecado tiene una relación estrecha con la relación del hombre con Dios, se conoce como pecado las situaciones que derivan de la ruptura de la amistad con él, de la falta de obediencia al pacto y su ley. El pecado pone fin a la relación de paz y armonía entre Dios y el hombre. El hombre ha pecado contra Dios en primer término, luego peca contra su prójimo, y de la misma manera peca contra sí mismo, y contra el resto de la creación.

Un pecador entonces, es toda aquella persona que, no escucha la voz de Dios, no la pone por obra, ni la obedece, aquel que actúa contra el pacto y la ley, y que por lo tanto se manifiesta en contra de la paz y prosperidad que ella ofrece.

El hombre pecador con frecuencia se oculta ante Dios, y no reconoce su culpa; en efecto, esta conducta ha sido repetitiva en el hombre de forma constante a través de los tiempos. Ahora bien, para comprender la gran dimensión e implicación que este evento representa para la historia de la humanidad, es necesario ampliar el concepto de la consecuencia del pecado, ya que una pobre concepción e interpretación de estos hechos, solamente traerá como resultado, una pobre comprensión del hombre y de Dios, por lo que podemos hacer uso de los comentarios del autor Luis F. Ladaria, al respecto:

El castigo por el pecado es la expulsión del paraíso, es decir, la pérdida de aquella situación en que el hombre se encontraba en la amistad y armonía con Dios y con el mundo. Las consecuencias del pecado no son así arbitrarias ni exteriores al mismo; por el contrario, están intrínsecamente relacionadas con él. La pérdida de la amistad con Dios trae consigo la de los bienes que la acompañan. (Ladaria, 1993, pág. 62)

Debemos entender que la caída, representa un verdadero fracaso para el hombre, no es bajo ninguna circunstancia fracaso de Dios, sino que se le atribuye al hombre toda la responsabilidad, de manera que sea el hombre el único culpable de haber perdido los bienes que poseía, de los cuales, el más importante era su relación con Dios, la cual constituye también su mayor pérdida. Ahora corresponde un nuevo tiempo y una nueva realidad para el hombre, según continúa Ladaria:

El pecado, con la consiguiente expulsión del paraíso, trae una nueva situación objetiva, irreparable desde el punto de vista del hombre. No solo el hombre y la mujer están en la misma situación, sino que en la misma vienen al mundo los hijos. (Ladaria, 1993, pág. 62)

Debe llamar nuestra atención, que para el hombre esta nueva situación y condición le parece irreparable, y lo es. De tal manera que también le resulta al hombre imposible superarla por su propio esfuerzo, ni con todas sus buenas intenciones o por medio de sus más nobles propósitos.

1.3.3 La respuesta de Dios: el plan de salvación

Vamos a comenzar este concepto con la última afirmación del inciso anterior. De forma que lo que para el hombre es imposible, y le parece irreparable, se transforma en una posibilidad que proviene únicamente de la iniciativa de Dios.

Es en la persona de Jesucristo, el hijo de Dios, que el Padre ha provisto un plan, bajo el cual el hombre caído, será nuevamente llamado a la vida, recibirá nuevamente el soplo que proviene del Espíritu Vivificador, y será considerado nuevamente amigo de Dios.

La respuesta a todo este asunto de la pérdida de la imagen de Dios en el hombre, del daño que sufrió y las consecuencias, solamente puede ser entendido bajo la premisa de Jesucristo, quien es la imagen del Dios invisible, el único que ha resucitado, que venció a la muerte y que es el primogénito de entre los muertos, que ascendió al cielo con un cuerpo vivificado, y del cual todo hombre adoptara su imagen. La imagen de Dios nuevamente.

El plan de salvación, proyecta bajo un enfoque escatológico, que el hombre recupere nuevamente la imagen perdida de Dios, por lo que es primordial entender esa restauración únicamente reconociendo con entendimiento cual y quien es el modelo de Dios. Jesucristo es la imagen de Dios.

Por medio de este plan de salvación, Dios quitará de en medio el escándalo del mal, el peso del sufrimiento, la injusticia social, y el abismo del pecado; al respecto consideremos también el pensamiento de Justo, cuando dice:

La salvación es lo que Dios ofrece al hombre. Por ello, cuando el hombre se pregunta por Dios se encuentra también ante la cuestión de su salvación. Desde el momento en que Dios decide crear el hombre y sellar una alianza con él lo está invitando a compartir su vida y su proyecto de comunicación. El encuentro personal que se da en esa relación de amistad es lo que llamamos salvación. (Justo, 2017, pág. 61)

Como se habla de una experiencia de salvación, podemos identificar algunos factores implícitos y de suma importancia, los cuales no pueden ser obviados, si se pretende una buena comprensión del alcance del plan de salvación, estos pueden ser definidos de la siguiente manera:

- La comunión con Dios
- La liberación del mal
- La expiación del pecado

La nueva creación

La soteriología bíblica.

Sobre estos conceptos se hará mención en el siguiente inciso.

1.4 Soteriología

Es la rama de la teología que dedica su estudio a la doctrina de la salvación del ser humano. Este concepto no es exclusivo de la religión cristiana, sabemos que es posible para nosotros encontrar un idea soteriológica en varias religiones del planeta; algunas de ellas pretenden alcanzar la salvación para el hombre, por medio del cumplimiento de obras trascendentales, mientras que otras ofrecen salvación mientras sean observados y cumplidos algunos requerimientos por medio de los cuales le es posible al hombre ser salvo, otros entienden la salvación como el resurgir en un nuevo nivel espiritual, por medio de la reencarnación hasta alcanzar el estado superior. Todas ellas buscan la salvación porque entienden que la condición del hombre necesita solventar este estado actual, a sabiendas que existe un lugar mejor, que implica mejores condiciones.

Sin embargo, la soteriología bíblica está basada únicamente, en la doctrina que presenta a Jesucristo como autor y consumidor de la salvación del hombre. La Escritura presenta la única opción, y por lo tanto la única esperanza que el ser humano tiene frente a su miseria, su finitud, y su intrascendencia.

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Hechos 4:12

Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Romanos 5:10

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. Efesios 2:8

El punto medular y la verdad expresada por la soteriología cristiana, es Jesucristo. Si el hombre ha de ser salvo, será únicamente por la fe en la obra redentora de él.

La soteriología ha entendido la salvación como un evento escatológico, es decir, que al final de los tiempos, cuando todo el tiempo establecido por la voluntad soberana de Dios haya finalizado y llegado a su término, todo hombre se presentará ante Dios y cada uno recibirá su recompensa, basado únicamente en un hecho determinante, el cual es: si creyó en Jesucristo. “El que en él cree, no es condenado, pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” Juan 3:18

Mientras ese momento llega, es un hecho aceptado y entendido, que toda persona que cree en Jesucristo, y recibe la buena nueva, es convertido en una nueva criatura, este evento también es conocido como el nuevo nacimiento, este camino inicia con el arrepentimiento, seguido del bautismo, y está marcado por la llenura del Espíritu Santo, a partir de ese momento, esta persona ha nacido de nuevo en su espíritu, es una nueva creación, en la cual, el primogénito es Jesucristo. Él es según leemos, la imagen de Dios, él es el nuevo Adán.

Así también está escrito: Fue hecho el primer Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. 1ª Corintios 15:15

Pero si nuestro evangelio esta encubierto, entre los que se pierden esta encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. 2ª Corintios 4:3-4

La salvación conlleva la expiación del pecado, el retorno a la comunión del hombre con Dios, por medio de su espíritu vivificado y la liberación del mal, es decir, que el pecado y la muerte ya no tienen poder que tenían sobre el hombre, ahora es un hombre nuevo.

1.4.1 Condición del hombre

De manera muy simple podemos expresar que, el hombre sin Dios está muerto espiritualmente, mientras que el hombre que ha creído en el evangelio y en la obra de Jesucristo, ha nacido de nuevo en su espíritu.

Como consecuencia del pecado original ocurrido en el evento de la caída, el hombre perdió su comunión espiritual con Dios, su cuerpo sufre todo el peso de ese pecado y como resultado está expuesto a la muerte física, sus huesos y sus miembros se desgastaran hasta perecer.

También perdió la armonía entre sus semejantes y ante el resto de la creación, la cual gime y sufre degradación, así como la condición social del hombre, la cual está expuesta al mal. Este mal es expresado en el daño que el mismo hombre ocasiona a sus semejantes, en el egoísmo y la falta de amor al prójimo.

Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con lo que las practican.
Romanos 1:28-32

La enfermedad, la miseria, el odio, la maldad, se han hecho presentes, juntamente con todo tipo de calamidades, esa es la condición del hombre. Adicionalmente, el hombre se ve incapacitado para salir de ella, como aquel que habiendo caído en una zanja profunda pretende salir de allí, jalándose el mismo de los cabellos, haciendo uso de su propia fuerza.

El hombre debido a su condición, necesita ser rescatado, necesita salvación. En este sentido, existen dos puntos de vista relacionados a la salvación, a partir de esta condición del hombre.

La diferencia básica se presenta en determinar si es el hombre el que alcanza la salvación por su fe, es decir, que él mismo participa libremente en su salvación al momento de creer, o si el hombre es alcanzado para que tenga fe y a partir de ella ser salvo, sin que para ello haya tenido que tomar él mismo una decisión. Estos puntos de vista fueron expuestos por Jacobo Arminio y Juan Calvino.

A continuación se hará mención de los puntos de vista de cada uno de estos postulados, sin embargo en el desarrollo del artículo se ampliara sobre cada uno de ellos.

1.4.2 Calvinismo, cinco puntos

- Depravación total.
- Elección incondicional.
- Redención particular o limitada.
- Llamamiento eficaz o irresistible.
- Perseverancia de los santos.

1.4.3 Arminianismo, cinco puntos

- El libre albedrío o la capacidad humana.
- La elección condicional.
- La redención universal o expiación general.
- La obra del Espíritu Santo en la regeneración está limitada por la voluntad humana.
- La caída de la gracia.

En conclusión podemos resumir según lo visto en este primer capítulo, que el término Imago Dei, significa Imagen de Dios, por lo que estudiar y entender al hombre en su relación con Dios, y con el resto de la creación es de suma importancia para comprender el plan original de Dios. Es la Escritura la que declara que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y lo hace por medio de dos relatos, cada uno complementando al otro. En ellos vemos un proceso que pueden identificar el orden y secuencia de los eventos: creación, caída, introducción del pecado y la muerte, para que sea Dios quien intervenga ofreciendo al hombre un plan de Salvación, para el retorno al plan original, y que el hombre sea reconciliado con su creador. Al principio Dios y el hombre gozaban de una perfecta armonía. Dicha armonía fue trastornada, cuando el hombre haciendo uso de su libertad, decide que quiere conocer el bien y el mal, dando prioridad a los deseos del intelecto y la razón, inclinando su corazón al deseo de querer conocer todas las cosas, pecando contra Dios, deseando ser como él.

Para nosotros es posible identificar tres puntos de vista que describen la Imago Dei, utilizando el punto de vista de Erickson: *sustantivo*: entiende la imagen con características que hay dentro de la misma naturaleza humana, ya sean físicas, psicológicas o espirituales. *Relacional*: que considera que la imagen no es algo que esté presente de forma inherente humanos, sino que esta se experimenta a partir de la relación del hombre con Dios y con los demás hombres. *Funcional*: considera que la imagen no es algo que el ser humano es, o experimenta, sino algo que el ser humano hace.

La imagen de Dios

2.1 La creación

Primordialmente debemos partir de la premisa de fe que nos enseña que Dios creó todas las cosas de la nada, sin utilizar materiales preexistentes. Es de suma importancia, reconocer esta doctrina porque es a partir de ella que se genera el tema de nuestro estudio. Dios ha creado todo lo que existe. Esta enseñanza ha sido parte vital de la fe de la iglesia, tanto en sus doctrinas como en su predicación.

En este evento inicial, encontramos la presencia del Espíritu de Dios, del Verbo y de Dios Padre; cada uno actuando en el plan establecido. Cuando hablamos de creación nos estamos refiriendo a la obra de Dios por medio de la cual, él dio vida a todo lo que hay, tanto en el universo, como en el mar, el aire y sobre la tierra.

Al referirnos a la creación hecha por Dios, a partir de la nada, y sin materiales preexistentes, se hace pensando en que la tierra y los cielos, mencionado en el versículo 1, y la tierra desordenada y vacía que se menciona en el versículo 2 del mismo capítulo 1 de Génesis, fueron las primeras muestras de la obra creativa de Dios. Estos eventos marcan el inicio del plan de la creación. Lo que decimos es que todo lo que existe dio inicio por la obra de Dios cuando lo trajo a existencia, él no dio forma a lo creado adaptando algo que ya existiera antes de su mandato, como algo separado o extraño a él.

Sin embargo, debemos considerar que a partir de lo creado, Dios mismo facultó a algunos elementos creados con la capacidad de continuar y conservar las especies, como cuando vemos la orden dada a las aguas para que produzcan seres vivientes del versículo 20, y que la tierra produzca seres vivientes en el versículo 24.

El mismo hombre fue formado, según el relato, del polvo de la tierra. Eva fue formada a partir de Adán, y de la misma manera Dios formó de la tierra toda bestia del campo y toda ave del cielo.

Es posible según el relato bíblico, que Dios haya creado inicialmente los elementos, y a partir de ellos formar el resto de la creación, tal como lo sugiere Millian Erickson:

Podría muy bien ser que lo que Dios hizo al principio fue únicamente crear la materia de la nada, y después en su subsiguiente actividad creadora, dar forma a las cosas con los átomos que había creado. Las distintas especies que se produjeron en ese último momento serían tan obra de Dios como lo era el origen de la materia. (Erickson, 2008, pág. 395)

Es importante entender que Dios ha creado a partir de la nada, los materiales que utilizó para seguir creando, es decir, creo la materia prima y creo el producto final.

La obra de la creación fue vista y considerada por Dios como buena, y puso al hombre como corona de esa creación, dándole a él la responsabilidad de enseñorear y sojuzgar sobre ella.

Entonces, dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Génesis 1:26

Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Génesis 1:28

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto. Génesis 1:31

El relato bíblico sobre el evento de la creación se encuentra en el texto de Génesis 1:1-27 y seguidamente encontramos otro relato en el texto de Génesis 2:4-25. Los dos pasajes así como el libro de Génesis tienen como escritor reconocido y aceptado a Moisés, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, ambos atestiguan de la paternidad literaria de Moisés.

Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Éxodo 24:4

Y pusieron a los sacerdotes en sus turnos, y a los levitas en sus clases, para el servicio de Dios en Jerusalén, conforme a lo escrito en el libro de Moisés. Esdras 6:18

¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme? Juan 7:19

Sin embargo, existe una teoría propuesta y conocida como hipótesis documental, que sostiene que el Pentateuco, y por ende, también el Génesis son una compilación o selección de varios documentos escritos en distintos tiempos, épocas y lugares por un periodo de cinco siglos, mucho tiempo después de Moisés. En los comienzos de esta hipótesis documental encontramos al doctor francés Jean Astruc, haciendo un análisis literario del Génesis, y básicamente le llamaba la atención que el capítulo 1 de Génesis mencionara a Dios solamente como Elohim mientras que en el capítulo 2, se le menciona como Jehová, por lo que llegó a la conclusión que estaba ante dos relatos diferentes en cuanto a autor, redacción y tiempo, y que fueron utilizados por Moisés cuando redactó la historia de la creación.

Posteriormente, la hipótesis documental fue evolucionando su pensamiento, hasta llegar a determinar que hubo efectivamente dos documentos, incluidos en el relato que nos interesa, es decir, la creación. Uno de ellos denominado documento yavista (J), y el otro llamado documento sacerdotal (P). Ambos fechados en épocas y situaciones independientes a Moisés, asumiendo que no era posible que hayan sido redactados por él.

Sin embargo, la Escritura presenta afirmaciones directas que contradicen la hipótesis documental, y establecen que ha sido Moisés quien las escribió. Las evidencias son claras, y no dejan lugar a dudas o especulaciones, como podemos ver en comentarios como el que hace Archer, al respecto:

A juzgar por las evidencias internas del texto del Pentateuco, arribamos a la conclusión de que el autor tuvo que haber residido, originalmente, en Egipto (no en Palestina), haber sido testigo ocular contemporáneo del éxodo y de la deambulación por el desierto y haber contado con un alto nivel de educación, de conocimientos y de capacidad literaria. Ningún otro hombre llena estos requisitos tanto como lo hace Moisés, el hijo de Amram. (Archer, 1981, pág. 121)

Lo que es evidente, en la escritura, es que vemos en el capítulo 1 y en el capítulo 2 del libro de Génesis, la historia de la creación narrada en dos ocasiones; vemos también que existe entre ambos relatos algunas diferencias de enfoque, sin embargo, en los dos casos la doctrina de la creación está intacta: Dios es el creador de todo, y el hombre es la criatura de Dios.

2.1.1 Los dos relatos de la creación

Generalmente ha sido aceptado por el estudio de la hipótesis documental, (aunque es evidente y no se puede negar), la presencia de dos relatos que hablan acerca de los eventos de la creación.

En el documento denominado yavista (J), el énfasis de la creación centra su atención en el origen del hombre, mientras que en el documento sacerdotal (P), se relata el origen del cosmos y de forma más detallada el origen de todos los elementos de la creación. Debemos apoyarnos en el análisis hecho por Von Rad referente a estos dos relatos:

En el Antiguo Testamento solo encontramos dos declaraciones explícitamente teológicas sobre la creación, en forma de complejos literarios de una cierta extensión: la historia de la creación en el documento sacerdotal (Génesis 1:1-31; 2:1-4) y en el yahvista (Génesis 2:5-25), y son precisamente los dos capítulos que con mayor insistencia consideran la creación como la prehistoria, la preparación de la actividad salvífica de Yahveh en Israel. (Rad, 1969, pág. 189)

Ambos relatos terminan aunque con diferente enfoque, en la creación del hombre, y en su complementación por medio de la creación de la mujer, es decir, en la figura varón y hembra, y colocándoles sobre el resto de la creación, como la obra suprema de la misma. Por el hecho de ser la imagen de Dios, el hombre se halla a sí mismo, muy por encima de toda criatura.

i. El relato de la creación en el documento yavista (J)

Este relato plantea relaciones, en función de la narración que construye todo alrededor del hombre, las cosas que tiene inmediatas y a su alcance, así como su relación con todas esas cosas.

Es la historia de la creación de la tierra y del paraíso, es espiritual y espontánea, y a pesar que tiene algún matiz mitológico, describe conceptos como los ríos, el jardín, el fruto, el libro de la vida y la serpiente, de una manera sobria.

Es un relato que tiene un énfasis antropocéntrico, en el cual el hombre es objeto del amor de Dios, manifestado en la providencia; Dios le facilita al hombre un ambiente vital para vivir, para ser feliz, producto de una relación amistosa entre el creador y la criatura. No obstante, en el pensamiento de la autor Von Rad encontramos una idea muy importante y que resulta vital para la comprensión

correcta del desde el punto de vista hebreo, según leemos a continuación: “Desde la perspectiva de la religión yahvista, no podemos afirmar que Israel considerase a Dios como un ser antropomórfico, sino al contrario, consideró al hombre como un ser toemorfo.” (Rad, 1969, pág. 195)

Parece ser que debemos insistir en la importancia de la correcta visión del hombre ante su creador, de manera que es el hombre quien tomo la forma del creador, y nunca al contrario.

Esta narración, del relato yavista, es sencilla y despreocupada, tal vez se deba a que proviene de un ambiente continental, en el cual presenta la tierra como un lugar preparado y habilitado por Dios, para ser fértil. Dios mediante la irrigación la convierte en un terreno agrícola.

En este sentido, la narración reduce la tierra y la presenta como el sector más cercano al hombre, que incluye un jardín, el río, los árboles, el lenguaje, los animales y la mujer. Presenta también un esquema de pacto:

- a. Alianza
- b. Pecado
- c. Castigo
- d. Reconciliación.

Su narración es la historia de la vida del hombre y sus inicios, así como la explicación del origen del mal sobre la tierra. Muestra la benevolencia de Dios rodeando al hombre de cuidados, de un jardín con plantas y con alimento. Nos encontramos acá, sin duda ante una nueva escena: Dios comunicando su deseo al hombre con una prohibición y, del mismo modo limitando su libertad, coloca al hombre frente a una disyuntiva y le provoca a tomar una decisión. Es por medio de esta libre decisión que la figura dentro de un esquema de pacto o alianza se presenta como pecado, manifestado en la desobediencia a Dios y en el rechazo a su benevolencia, a su amistad y su gracia.

La narración de la creación del hombre y la mujer, es más detallada. Dios el creador está cercano a su criatura, como un alfarero. A partir del polvo de la tierra, Dios convierte al hombre en un “ser viviente” cuando recibe el aliento divino, vemos acá una acción divina más personalizada e íntima. Sin embargo, la creación de la mujer se presenta diferente, a la creación del hombre. Ella es un beneficio otorgado por Dios. Él la destinó como ayuda idónea, semejante al hombre pero no

idéntica, más bien, como su complemento. Dios decidió crear a la mujer a partir del hombre, ella era su contraparte perfecta.

Sin duda, cuando el hombre fue creado a imagen de Dios, le fue transmitida la capacidad de procrear, hecho que solamente puede ser posible por la unión del hombre con su mujer. El resultado físico, de llegar a ser una sola carne, puede verse materializado en la procreación

La narración yahvista de la creación desemboca en esta explicación etiológica de la fuerza del eros, como un impulso que Dios mismo suscito (v.24), y de este modo otorga a la relación sexual entre el hombre y la mujer, la dignidad del prodigio más elevado y del misterio más profundo de la creación. (Rad, 1969, pág. 200)

Podemos vislumbrar a partir del anterior comentario, la importancia que desde la creación ha tenido el papel hombre-mujer, como los únicos habilitados para procrear, y poder cumplir el mandato divino de llenar la tierra.

La narración del documento yahvista (J), es un complemento de la narración del documento sacerdotal (P), con una perspectiva mucho más antropocéntrica. La gran contribución que presenta el documento yahvista (J), la encontramos en haber dado lugar a un proceso de unificación y de conducir el relato de la creación del hombre hacia el relato del drama de la caída con naturalidad y fluidez.

ii. El relato de la creación en el documento sacerdotal (P)

Esta otra narración de los eventos de la creación, nos presenta una rigurosa reflexión cosmológica y teológica, que nombra las cosas de forma breve y directa, además la descripción de los eventos deja de lado la narrativa poética y mística.

El relato único definiendo una verdad doctrinal, la cual es suficiente para abarcar todo el resto de la narración: Dios creó los cielos y la tierra.

Algunos de los aspectos relevantes y distintivos de este, presenta la creación en función de la palabra de Dios, es decir, creación por medio de la palabra, y por otro lado, en relación al hombre, presenta la creación por medio de la acción divina.

En el relato existe una perfecta armonía, desde el primer capítulo, hasta el último, y se hace visible en la dedicación con que describe la obra realizada en cada uno de los días de la semana. La narración nos presenta el ordenamiento y la corrección del caos previo, la separación de la luz y las tinieblas, las aguas retrocediendo y dando paso a la tierra seca, como consecuencia la tierra produce todo tipo de vegetación; vemos la creación de los astros, y el establecimiento de las estaciones y épocas que marcan etapas en el año; la creación de los animales y del hombre, y por último, aunque no menos importante, el establecimiento del Sábado, como día de reposo, consagrado por Dios mismo.

De manera que en esta armonía del relato, podemos identificar cuatro expresiones dentro del relato:

- a. Dios es el creador de todo
- b. Una creación estructura
- c. Creación por medio de la palabra
- d. Y Dios vio que todo lo creado era bueno.

Si debemos tener algo muy en claro, es la naturaleza de este relato, no olvidemos que ha sido considerado como una enseñanza sacerdotal, que contiene la verdad reconocida, la cual no fue escrita sino después de una exigente aceptación de las aseveraciones que describe, sin dejar lugar a dudas o posibles interpretaciones alternas. Vemos en cada frase y en cada palabra que no se dice nada que tenga que ser entendido simbólicamente o que tenga un sentido profundo y oculto que deba ser estudiado y descubierto.

Dios como creador de todo, incluso del caos preexistente, no deja lugar al dualismo, sino que más bien de forma clara y directa, afirma y enseña que todo ha sido creado por Dios, aun el caos inicial. De esta manera entendemos que los hebreos al mencionar la expresión “Dios creó los cielos y la tierra”, se estaban refiriendo a la creación de todo el universo, incluyendo la totalidad de las cosas creadas.

Vemos también una creación estructurada, en donde un evento sucede como consecuencia y acto seguido de otro evento previo. Las creaturas se van escalonando, pudiéramos muy bien decir, de menos a más, como en un proceso creador. Las plantas brotan de la tierra, los animales reciben una bendición especial, aunque están en relación con la tierra. Y en lo más alto de la escala aparece el hombre, fruto de un esfuerzo especial de Dios, a quien se le confía el dominio de la tierra.

Como hemos expresado, toda la obra creadora de Dios, proviene de su deseo, y este expresado por medio de su palabra, para llamar a existencia el total de las cosas creadas. Encontramos a lo largo de la narración, la sucesión de la fórmula: “Y dijo Dios”, seguido de la orden “haya”, o “hágase”, y como resultado la expresión “así fue”, como dando a entender el cumplimiento de la orden divina expresada por la palabra de Dios.

Al final del sexto día, Dios mismo examina la obra creada, y extiende su aprobación. ¡Todo era bueno! Acto seguido, el relato del documento P, introduce el descanso consagrado por Dios, por lo que ha designado que marca y define el final del proceso creacional. En ningún momento el relato describe que Dios haya establecido e impuesto el día sábado; esa institución será cumplida tiempo después en el pueblo de Israel, tomando como referencia, este día bendecido por Dios, e incluido en el documento P.

Dios colocó al hombre en el mundo como signo de su poder soberano, y lo puso para vigilar y hacer respetar sus mandamientos. El hombre como imagen de Dios está colocado en la tierra como estandarte, como imagen de su gloria y poder, para mostrar su grandeza y soberanía a toda la creación. El documento P, no muestra esta doctrina de forma clara y explícita, referente a la semejanza divina.

Luego de analizar los dos relatos de la creación, podemos mencionar algunos elementos a manera de resumen, que nos permitan entender los propósitos de cada uno de ellos. Es importante definir que ningún de ellos contradice al otro, no hay relevancia que los distinga. Es más, uno complementa al otro. Los dos relatos coinciden en las siguientes afirmaciones como contenido teológico de su reflexión:

- i. Dios no tiene principio.
- ii. Es un ser personal.
- iii. La creación en su origen responde a los planes de Dios.
- iv. Creador de todo cuanto existe.
- v. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es la cúspide y centro de toda la creación.
- vi. Hombre y mujer están hechos el uno para el otro.

No existe otra criatura como el hombre, que esté en relación tan inmediata y directa a su Dios.

2.1.2 Varón y hembra los creo

El relato sacerdotal (P), hace una descripción por de más interesante, en cuanto a la creación del hombre, descrita de la siguiente manera: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”. Génesis 1:27

Como hemos dicho con anterioridad el relato sacerdotal, tiene un gran peso doctrinal, y en ese mismo sentido, aceptamos entonces que el hombre fue creado por Dios.

En el versículo 27, encontramos inicialmente un “lo creó” y posteriormente un “los creó”, sin que esto deba indicarnos alguna diferencia de tiempo, o una relación de consecuencia, es decir, que la iniciativa y la voluntad de Dios manifestada en la creación del hombre entendió y abarco al hombre y a la mujer juntamente, ambos solidariamente humanos habitantes del mundo.

El relato yavista, describe que la mujer es tomada del hombre y presentada a él como ayuda idónea, carne de su carne y hueso de huesos. Esta varona no fue creada del polvo como el resto de la creación, sino que es derivada del hombre.

En ambos relatos, se nos indica que el hombre y la mujer están creados el uno para el otro. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, eso incluye obviamente su costilla, y son llamados indistintamente Adán: “Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamo el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados”. Génesis 5:2

Los dos relatos bíblicos de la creación, nos hacen entender que el hombre y la mujer son coparticipes y responsables antes Dios, tanto de las bendiciones y los beneficios del huerto, como de la carga impuesta por Dios para que cuidasen de él, y los puso a ambos como corona de todo lo creado. De igual manera, ambos sufrieron las consecuencias de su pecado.

Es imposible entenderlos como seres independientes el uno del otro, aunque cada uno posee una personalidad que lo identifica y le hace único, ambos se complementan, ambos estaban desnudos, ambos fueron llamados a la vida por Dios, y a partir de ese momento sus vidas quedarían unidas en el vínculo familiar, el cual desde el principio ha sido de vital importancia para Dios. “Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios”. 1ª Corintios 11:11-12

Llegar a comprender esta relación es importante para la correcta interpretación de la intención de Dios. El hombre y la mujer son necesarios para formar una familia, y por medio de esa unión familiar, sexual y complementaria se hace posible la procreación.

Con relación a la procreación debemos hacer la aclaración que al igual que los otros seres vivos, la procreación es posible después de la unión sexual del macho y la hembra, y en este sentido nada haría diferencia con la procreación humana, sin embargo a ningún otro ser vivos, el Dios creador lo hizo a su imagen y semejanza. El concepto total del humano, no puede estar contenido únicamente en la figura del varón, sino en el varón y la hembra.

El hombre recibe de parte de Dios, la bendición que lo habilita y lo capacita para reproducirse y para multiplicarse, de la misma manera que los animales, con la salvedad de que tanto por su origen, su naturaleza y por su razón de ser el hombre puede verse a sí mismo, y ser entendido en sus atributos con las funciones creadoras de Dios. Varón y hembra fueron creados por Dios con un plan y propósito definido, según el escritor Millard Erickson, esto hecho genera también una identidad en cada uno de nosotros:

Esto también ayuda a establecer la identidad humana. Si lo que somos al menos en parte está en función de dónde procedemos, la clave de nuestra identidad la encontramos en el hecho de que Dios nos creó. No somos únicamente los descendientes de padres humanos, ni el resultado de factores ocasionales que funcionan en el mundo. (Erickson, 2008, pág. 506)

De lo anterior deducimos que tanto hombre y mujer, así como poseen la imagen de Dios, también han obtenido una identidad que proviene de Dios.

Según los relatos de la creación, cuando Dios el creador observo su obra, pudo expresar su agrado y satisfacción, reconociéndola como “buena”, sin embargo, él mismo entendió que no era bueno para el hombre estar solo. Cuando la Escritura hace referencia al propósito de la unión entre un hombre y una mujer, estamos ante una doctrina de mucho peso y de vital importancia para la mente divina. ¿De qué otra manera, pudiera el hombre fructificar y multiplicarse, estando solo?, por lo tanto de su misma estructura, de su misma carne y huesos, le es concedida una varona, para que a partir de su unión con ella, pueda llevar fruto. “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. Génesis 2:24

Como veremos más adelante, para algunos autores, no representa ninguna duda afirmar que la sola carne que menciona este versículo, se refiere al producto de la unión hombre-mujer; el hijo es hecho una carne, tomando partes iguales de dos carnes, es decir que tanto el padre como la madre, aportan de sí mismo, y forman una nueva vida.

Cuando vemos en el relato de la creación del hombre y la mujer, y que ambos son imagen y semejanza de Dios, debemos reconocer que estamos ante el establecimiento del núcleo familiar de parte de la voluntad divina. Podemos decir que la imagen de Dios, es solamente posible, en la unión hombre-mujer, en tanto estos dos se presentan entre sí como complementarios el uno del otro.

2.2 El hombre diferente al resto de la creación

Según la antropología del Antiguo Testamento, el hombre es considerado criatura de Dios. La tradición bíblica ha entendido al hombre compuesto de los elementos *basar*, *nefes* y *ruaj*.

Leyendo a Juan Luis de la Peña, en su libro, *Imagen de Dios*, con relación a la forma en que el pensamiento hebreo entendió al hombre, es decir, la antropología hebrea, nos indica que la cultura hebrea resume al hombre en tres términos:

- i. Basar
- ii. Nefes
- iii. Ruaj

No es posible identificar correctamente ninguno de estos términos con una palabra de nuestro vocabulario, de manera precisa, lo cual es una muestra de la forma diferente de entender al hombre en la cultura occidental.

El término *basar*, representa e incluye a todo ser vivo, sea un animal, o un hombre, es decir que tanto animales como personas son identificadas en la Escritura bajo el término *basar*; puede fácilmente identificar al cuerpo.

De igual manera el término también hace referencia al parentesco, por último, puede identificar a la carne en sentido moral, la condición frágil y débil de toda la humanidad. Esta condición también es explicada por Ruiz de la Peña, cuando se pretende asociar a la carne con la conducta pecaminosa:

De notar que en estos textos (Génesis 6:12; Isaías 40:6; Salmos 78:39), no se adjudica a la carne el fuente o principio del mal, como lo propone la antropología dualista, sino más bien los textos se sostienen sobre una base dialéctica creador-criatura y no como espíritu-materia. (Peña, 1988, pág. 21)

Es evidente que en todos los casos lo que la Escritura implica es la soberanía de Dios sobre toda carne.

El termino *nefes*, representa la idea central de toda la antropología hebrea. Básicamente se uso para designar el aliento, la respiración, tanto para hombre como para animales. De este término se origina el sentido de la vida, el ser viviente, el alma viviente que señala específicamente al hombre, aunque *nefes* es la vida común en hombres y animales.

También podría entenderse también como la personalidad, es decir la persona misma, individual, animada por su propio dinamismo y con sus rasgos distintivos, por los cuales es un individuo único e irrepetible.

La *nefes* es susceptible a las variables que afectan al cuerpo, es decir que siente hambre (Isaías 29:8), se seca (Números 11:6) y disfruta de buenos manjares (Isaías 55:2)

He aquí, un punto medular: *basar* y *nefes* denotan al hombre entero. No son partes o aspectos diferentes que se unen y componen la estructura humana, es decir, que la suma de ellas no da como resultado al hombre. Sino que, todo hombre es *basar*, y todo hombre es *nefes*.

Así como la *nefes* puede sentir hambre, también los órganos corporales pueden manifestar expresiones psíquicas. Las entrañas se conmueven (Génesis 43:30); se emocionan (Cantares 5:4); se alegran (Proverbios 23:16) y también esperan el don divino (Salmos 145:15)

El ser humano posee un lugar especial en la creación, no solamente comparte las mismas necesidades animales, como lo expresa Millard Erickson, sino que según leemos, desea trascender a esas necesidades:

Los humanos no se sienten satisfechos cuando todas sus necesidades animales están satisfechas. La vida humana abarca mucho más que la simple satisfacción de necesidades tales como la comida, el vestir y quizá el placer. (Erickson, 2008, pág. 508)

Aparece entonces el termino corazón, que es el verdadero centro interior del hombre, desde el proceden las operaciones sensitivas, afectivas, electivas y cognoscitivas. El hombre entero esta ante Dios, indivisible como una unidad.

Otra consecuencia importante de esta concepción integracionista es que ni el pecado se adscribe a la carne o al cuerpo, ni la santidad concierne a un estrato espiritual o anímico. Pecado y justicia,

vicio y virtud, proceden de decisiones personales que embargan al hombre entero, el cual está ante Dios en su totalidad indivisible. (Peña, 1988, pág. 24)

El pecado no se atribuye a la carne, así como tampoco la santidad proviene del espíritu o del alma, sino que ambos tienen su origen en la decisión voluntaria y personal del hombre, con su respectiva implicación y responsabilidad para él.

El término *ruaj*, significa primeramente brisa y viento, incluso también representa la vitalidad. En la mayoría de los casos denota el Espíritu de Dios. Es por medio del *ruah* que el hombre es beneficiado en su apertura trascendental hacia Dios.

Ruaj es una fuerza creadora, un regalo divino especial. Es en este mismo orden de pensamiento, que los profetas pueden ser llamados “los hombres del Espíritu”.

Sin embargo, cuando encontramos referencias a la contraposición *basar-ruaj*, no debemos entenderla como una expresión dualista que hace mención entre lo material y lo inmaterial, sino que nos encontramos ante la relación de una criatura con condiciones limitadas, frente al poder infinito, soberano de Dios su creador.

El hombre, ya sea *nefes* o *basar*, está definido y determinado por la impotencia y la intrascendencia; a pesar de eso, puede ser capaz de sostener una relación con Dios por medio del *ruah*, que le permite ser fortalecido en su debilidad y a la vez hace posible que trascienda su condición carnal para poder ser partícipe del don divino.

Podemos decir entonces que, la estructura del hombre es *basar*, como habitante del mundo, solidario con los demás seres vivos y con sus semejantes; es *nefes*, porque fue dotado de vida y dinamismo; y también participa del *ruaj* cuando es receptor del Espíritu de Dios, el cual lo llama y lo pone en comunión consigo mismo para que le adore y le sirva, y para hacerlo salvo.

Si en el arquetipo helenista de lo humano el sentido predominante es la vista, y la actitud más valorada es la contemplación —interpretación estática de la existencia—, en la mentalidad bíblica la audición prima sobre la visión, y la actitud dinámica, tensional, de escucha, prevalece sobre la especulación contemplativa. Con todo esto tiene mucho que ver el que, según la Biblia, y a

diferencia de otras religiones, no es el hombre el que busca a Dios, sino Dios el que busca y alcanza al hombre para que éste pueda finalmente dar con él. (Peña, 1988, pág. 26)

El hombre es la única criatura que responde verbalmente al creador. Dios espera una respuesta del hombre. El relato bíblico presenta al hombre creado por una razón suficiente: ser para Dios desde su condición de criatura de Dios. El hombre es criatura de Dios.

2.3 La mujer y la Imago Dei

Cuando nos proponemos a definir la situación de la mujer frente a la imagen de Dios, debemos considerar aspectos importantes relacionados con la teología de la mujer; en función de esa imagen de Dios en el hombre y donde se encuentra situada la mujer, tenemos que acceder a conceptos que nos refieran la sexualidad, el mito andrógino, la reciprocidad, la complementariedad y la dualidad.

En el primer libro de la Biblia, en dos versículos (Génesis 1:26-27), se afirma en tres ocasiones que el ser humano fue creado a imagen de Dios. El contenido y el significado de esa imagen, son la base de toda la antropología cristiana, y uno de los temas teológicos de más amplio recorrido a lo largo de siglos de pensamiento. Por lo tanto, para una correcta comprensión de este tema, es necesario hacer mención del punto de vista hebreo, pero también se debe buscar la mejor interpretación de la idea y el plan original de Dios. Derivado de estos dos versículos, intentaremos presentar 4 posibles escenarios implícitos en el tema, para que su estudio nos permita conocer la función y el lugar de la mujer como imagen de Dios. Estos cuatro aspectos son:

- i. En el pensamiento hebreo, solo el varón es imagen de Dios, Eva es derivada.
- ii. La imagen está en el alma y esta es asexual.
- iii. Tanto el varón como la mujer, son imagen de Dios.
- iv. La plenitud de la imagen está en la unidad de ellos dos.

Como puede advertirse, en el centro de esos escenarios surge la cuestión de si la mujer, es imagen de Dios y de qué modo.

Como es sabido, en el libro del Génesis se recogen dos relatos de la creación. En el primero de ellos, en el corto espacio de dos versículos 26 y 27, se afirma tres veces que el hombre (hace mención, varón y hembra), es creado a imagen de Dios. Inmediatamente después, en Génesis 2, se describe otro relato de la creación de la primera pareja humana, en el cual vemos el origen de la mujer, formada a partir de la costilla de Adán que, con un lenguaje simbólico y sin que se nombre directamente, se sobre entiende el contenido de dicha imagen en la mujer.

No es conveniente pretender que puede haber contradicción en este segundo relato con lo que está relatado en el primero, pero si es oportuno hacer mención que ese segundo pasaje se ha interpretado literalmente, como si la mujer hubiera aparecido posteriormente en el tiempo; mas adelante con el paso del tiempo se presentó una interpretación justificando y afirmando, en cierto sentido que el varón es principio y fin de la mujer, como Dios es principio y fin de toda criatura.

Otro de los condicionamientos de la antropología que sostiene la diferencia varón-mujer ha sido los errores culturales provocados por el desconocimiento de la fisiología humana. Desde tiempos antiguos se pensó que solamente el varón engendraba, por lo tanto la mujer era considerada únicamente como tierra fecunda en la que germina la semilla en ella sembrada.

En el transcurso del siglo V antes de Cristo se hizo común el uso de la imagen de la maternidad y de la mujer como pasividad, frente al hombre o varón que representaba actividad.

A finales del siglo XIX se descubrió y se comprendió el proceso de la fecundación. Más aún, la ciencia ha demostrado que en el origen de un nuevo ser humano la mujer aporta más que el varón, pues solo de ella procede el ADN mitocondrial contenido en el citoplasma del óvulo. Aun así, en pleno siglo XX antropológicamente esos prejuicios siguen sin haber sido superados y en algunos estratos se sigue manteniendo la supuesta pasividad femenina.

Durante muchos siglos la mujer ha sido considerada como la copia deficiente del hombre, y se entiende que es este quien encarna el prototipo humano. Esta forma de pensamiento, evidentemente, no hace justicia a la mujer, ni tampoco al hombre quien de ser así, aun permanecería prisionero de una soledad que no le permite ninguna relación verdadera y recíproca.

Es un hecho que la mujer ha sido considerada inferior al hombre, al respecto Rosino Gibellini, hace una afirmación que puede aportarnos para mejor la comprensión sobre la forma en que la mujer ha sido mostrada en la misma Escritura:

La interpretación bíblica antifeminista, practicada durante mucho tiempo y todavía vigente en parte, asume los datos bíblicos referidos a la mujer, que interpreta en la línea de la interpretación patrística y escolástica, llegando a afirmar la inferioridad, la subordinación, la sumisión o, cuando menos, la complementariedad de la mujer respecto del hombre. (Gibellini, 1998, pág. 459)

Considerando un poco la historia, recordamos que en la tradición judía se consideró que solo el varón era imagen de Dios, mientras que la mujer era derivada. Esto provocó y justificó la situación subordinada de la mujer en el mundo judío.

Con la época cristiana se abre una nueva era al ser conscientes de la dignidad de la mujer recuperada por Jesucristo. También algunos textos del Nuevo Testamento lo afirman con claridad: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. Gálatas 3:28.

Con respecto a la posición anterior este desarrollo supone un avance significativo, aunque no está exento de obstáculos. Señalemos algunos.

El primer escollo se encuentra en los propios textos neotestamentarios pues algunos de ellos, además de presentar con veracidad lo nuevo del evangelio, conservan restos de la interpretación antigua.

Así, por ejemplo, se puede recordar aquél pasaje de la Carta a los Corintios donde leemos que el Apóstol Pablo afirma: “Quiero que sepáis que el varón es imagen (*eikón*) y gloria (*dóxa*) de Dios; la mujer, en cambio es gloria del varón” 1 Cor 11:3-16; por lo que la igualdad entre el varón y la mujer no logra desprenderse de los prejuicios seculares, y ante los cuales durante siglos los muchos autores cristianos tratan de hacer compatible simultáneamente la igualdad y la subordinación.

También se ha optado por afirmar que la igualdad se refiere a los bienes espirituales y la subordinación persiste en cuanto a los asuntos temporales. Como es fácil apreciar hoy, esta interpretación contradice la doble misión común que Dios encomienda al varón y a la mujer, al bendecirlos después de la creación: “Creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla”.

Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Génesis 1:28

Nos encontramos también en este tema, ante concepciones que implican que la imagen de Dios pertenece al alma y que esta no hace diferencia de sexo. Analizando esta postura, la doctora Blanca Castilla, en su artículo *Mujer y Teología*, hace una presentación interesante a cerca de la tesis católica, sobre que la imagen de Dios está en el alma y esta es asexuada, y que la misma presenta dificultades y está sujeta a diversas corrupciones. En primer lugar, porque la sexualidad queda restringida exclusivamente al cuerpo, es decir, a la corporeidad, de la que con frecuencia y debido a algunas influencias gnósticas se tuvo una percepción negativa; su sentido y significado se limita a la reproducción y a la conservación de la especie, como es el caso de la sexualidad animal. En su presentación Blanca Castilla, también expresa:

El varón en cuanto tal sigue conservando su condición de imagen de Dios, mientras que la mujer la tiene solo en cuanto que juntamente con el varón forma parte de la naturaleza humana; de modo que el varón solo es imagen de Dios, mientras que la mujer sola no. (Castilla, 2016, pág.3)

El mismo Von Rad, cuando describe las características del relato yavista de la creación, incluye a la mujer como un elemento, casi accesorio del entorno del hombre, según leemos: “En la exegesis se subrayará la manera como el yahvista presenta un mundo más cercano que se va construyendo en torno al hombre (el jardín, los árboles, los animales, la mujer)”. (vonRad, 1982, pág. 49)

A la altura del siglo XX se perfila un nuevo avance en la conceptualización de la imagen de Dios: varón y mujer son, tanto juntos como por separado, imagen de Dios igualmente.

Por otra parte, se está constatando que las diferencias no son solo biológicas o culturales, sino que también hay diversidades innatas en el plano psicológico. Es decir, que cada sexo tiende a desarrollar con más facilidad una vertiente de la naturaleza humana, pero tiene también una serie de actitudes, imprescindibles para humanizar la vida empezando por la propia, que solo puede desarrollar con la ayuda del otro sexo. Esta constatación es asequible a la experiencia humana ordinaria, según la cual en los varones hay potencialidades que solo son capaces de sacar a la luz las mujeres de su vida, empezando por su madre. Y las mujeres tienen potencialidades, que solo se desarrollan si son potenciadas por los hombres de su vida, empezando por su padre.

Desde esta perspectiva, la condición sexuada humana, presente en la corporeidad, se comienza a ver como una expresión de la intimidad humana pasando a ser constitutiva de la persona y no solo atributo de la persona, teniendo como significado profundo la capacidad para reconocer a la persona y para expresar el amor. De manera que, la plenitud de la imagen de Dios no se encuentra solo en la mujer y en el varón considerados independientemente, sino que está en la “unidad de los dos”.

El cuerpo es expresión de la persona debido a que no es posible separar ni el cuerpo ni el sexo de la persona. Si el cuerpo es expresión de la persona, las características propias de la misma, su unicidad y sus propias relaciones, deberían también expresarse en su cuerpo único. El ADN, el iris o las huellas dactilares expresan la individualidad de cada persona.

De este mismo concepto nace la consideración de que el cuerpo y el sexo, nos referimos al aspecto masculino y femenino; frente a frente, formen parte de la imagen de Dios, en ese momento cada cuerpo dice y expresa uno al otro, su respuesta y su llamada al amor, en otras palabras a la comunión. A pesar de la lucha que aún existe por considerar y equiparar a la mujer con el varón, según leemos el comentario de Von Rad, la mujer no fue tratada como mucha consideración, ni siquiera actuando en su papel de esposa:

Y desde este punto de vista la mujer es objeto de una valoración muy poco romántica, de la cual el AT nunca se desprenderá por completo ni aun en sus más bellas alabanzas de la mujer como esposa; Proverbios 31:10. (vonRad, 1982, pág. 99)

La condición sexuada del cuerpo es una manifestación de algo interior, que permite la apertura relacional en dos direcciones complementarias de la persona, por lo tanto, constituye el significado más profundo de la sexualidad.

En la lectura de los textos del Génesis, se pone de manifiesto que la creación del ser humano fue iniciativa de Dios y pensada por él en su intimidad, es decir, es Dios Trino quien imagina al ser humano y entonces a partir de la imagen de la Trinidad es creado el hombre. “Hagamos al hombre a nuestra imagen”, se afirma en el versículo 26.

Parece un diálogo en la intimidad de las tres personas divinas que, como un acto libre y fecundo de su propio ser y felicidad, piensan y quieren que exista en el mundo visible una expresión de su propia vida, con su propio estilo. Y tras su obra ya realizada, el Creador se complace al contemplarla cuando afirma: “Y vio Dios que era muy bueno”.

En este sentido es significativo que en el versículo central de la creación “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó”, Génesis 1:27, se hable del hombre a la vez en singular y en plural. Dice primero, en singular, que Dios crea un hombre y luego utiliza el plural al referirse a la dualidad inicial de varón y mujer. En esta breve precisión, se puede encontrar ya una imagen del Creador. En el sentido, de que no existe otra posibilidad para el hombre de crear, en este caso, procrear, si no es en unión y en complemento con la varona. Así, cuando Dios Uno dice: “Hagamos” es porque vemos que en su intimidad, él no es un ser solitario. En él existen tres personas distintas en el mismo nivel ontológico. La Escritura siempre nos ha develado que en el interior de la divinidad existe una diferencia y que esta no altera la igualdad.

Ahora en relación al concepto de persona, encontramos en la Escritura que el hombre es el único ser en el universo al que Dios ha amado por sí mismo; el hombre no encuentra su plenitud más que en el momento sincero de darse a los demás. Esto se refiere, tanto al valor absoluto de cada persona, como al aspecto relacional que hace posible la comunión con sus semejantes. Para llegar a ser una persona a imagen y semejanza de Dios el hombre se comporta también en relación al otro “yo”, es decir, con las otras personas. (Castilla, 2016, pág. 6)

En el caso particular de Adán, ese otro “yo”, era la mujer. La Escritura explica también la razón por la cual fueron dos desde el principio, porque, Dios reconoció que: “no es bueno que el hombre esté solo” (2, 18). Dios no creó al hombre dejándolo solo; desde el principio varón y mujer los creó (Gen 1, 27), y su unión constituye la primera forma de comunión de personas.

El ser humano no puede existir solo; sólo puede existir como “unidad de los dos” y, por consiguiente, en relación con otra persona, por lo que debemos aceptar que ser imagen y semejanza de Dios conlleva, también existir en relación con la otra persona.

La exégesis literal que la tradición de Israel hizo de Génesis 2 se unió a la concepción del inicio del género humano recogido por Platón en su obra *El Banquete*, 189c-193d, y el Adán solitario se interpretó a la luz del andrógino del mito de Aristófanes. Este hombre, originariamente era uno, pero fue dividido por un castigo de la divinidad y cada parte sufriente busca su otra mitad para recuperar su identidad.

Sin embargo, la escritura bíblica nos manifiesta que la diferencia sexual no tuvo nada que ver con el castigo, o que se haya producido como consecuencia de algún pecado, pero si se ha llegado a entender que, después de quedar dormido, Adán se convirtió en un varón y una mujer, dándonos la idea de que ambos estaban socialmente incompletos, pero también, que cada uno es mitad de la humanidad.

El concepto y la idea de complementarse se complican y puede caer en el error, si se derivaba de la lectura literal de Génesis 2, y se afirma que en el que solo la mujer era complemento. La mujer aparece en la Creación como otra persona, en esencia. Una persona que posee un todo, con valor por sí misma, dueña de sí, libre y responsable con independencia de los demás. Lo que aparece como común es la humanidad. Las dos personas, sin embargo, tienen una característica: están orientadas una a la otra, están llamadas a la unidad, a lo que se ha entendido con la expresión “Unidad de los dos”.

Por tanto, es importante identificar dos niveles de unidad:

1. La personal que representa el momento de la soledad frente a Dios y frente al universo; y
2. La unidad de los dos, que trascendiendo las personas se sitúa en otro orden de unidad que acoge la diferencia y la pluralidad. En realidad no es uno que se divide en dos, sino dos que se hacen uno.

Para lograr comprender las implicaciones de la imagen trinitaria es imprescindible también recoger el contenido de Génesis 1:28: “Y los bendijo Dios y les dijo: “Creced, multiplicaos y llenad la tierra y sometedla”. Se trata de la misión a realizar en común, que a su vez es doble:

- i. la familia, porque a través de sus frutos se llenará la tierra, y
- ii. el trabajo para cuidar y dominar el mundo y construir la cultura y la historia.

Esta misión común significa que la tarea encomendada es y será posible a través de la unidad de los dos. En este aspecto sí se puede decir que cada uno aporta la mitad. Lo que resulta evidente para la transmisión de la vida es también necesario en el cuidado y transformación de la tierra.

En el evento de la procreación la aportación única y personal del varón y de la mujer se transforma en paternidad y maternidad y en la familia aparece entonces una tríada: padre-madre e hijo, que evidencia una imagen trinitaria. Al parecer, para autores como von Rad, Ruiz de la Peña, Ladaria, no es extraño que en el pasaje que habla que el hombre y la mujer se unirán y serán una sola carne, se entienda al hijo como esa sola carne, es decir, la mitad de uno y la mitad del otro se ha unido, y formo una nueva vida.

En la evolución doctrinal de la imago Dei se puede constatar en una primera etapa que para los hebreos solo Adán era imagen, Eva era derivada. En la tradición cristiana para acoger a la mujer dentro de la imagen, se aceptó la interpretación, de que la imagen estaba en el alma y esta era asexual. A la vez, el varón seguía siendo imagen, mientras que la mujer lo era únicamente en tanto que unida al varón, pero ella sola no. Finalmente, la mujer en cuanto tal es admitida también dentro de la imagen.

El hombre se convierte en imagen de Dios, no solamente en el momento de la soledad si también en el momento de la comunión. Ciertamente cada persona es imagen en cuanto ser racional y libre, capaz de conocer y amar a Dios. La imagen trinitaria se refleja en cada persona a través de las diferencias de sus potencias: memoria, entendimiento y voluntad.

En una persona aislada no solamente se ve agotada la imagen trinitaria sino que no es posible que llegue a constituir su plenitud. La “unidad de los dos”, signo de la comunión interpersonal, es parte fundamental e importante de imago Dei.

Debemos subrayar entonces que la comunión que se entiende como fruto del amor se produce por medio de la reciprocidad. Si el hecho de ser persona es vivir en relación a otro, el vivir “para” de cada uno produce reciprocidad que es, ante todo, una afirmación de la persona y a la vez un reconocimiento de la pertenencia de ambos al mismo nivel ontológico.

Observemos acá que Adán, no encontraba compañía en el huerto, hasta que apareció ante sus ojos alguien que era, carne de su carne y hueso de sus huesos, y esto nos indica un nivel de igualdad, que no debemos perder de vista.

Es importante aceptar y reconocer que solamente la igualdad, puede dar a la relación recíproca el carácter de una auténtica comunión personal. De manera que las interpretaciones que rompen con la reciprocidad no pertenecen al mensaje bíblico, sino que más bien responden y son afectadas por condiciones culturales.

Después de describir la reciprocidad en las relaciones sexuales, lo cual es fundamental, es preciso seguir avanzando. Se sostiene que la diversidad sexual determina la identidad propia de la persona y esa distinción se refiere no solo a la generación o procreación, sino a la comunión de personas. En ella se puede ver que la comunión personal intra-trinitaria y la que se da entre varón y mujer se asemejan en ser una comunión entre personas relacionamente distintas.

Ser varón implicaría a la vez filiación y paternidad, y ser mujer filiación y maternidad. La masculinidad y la femineidad presentes en la corporeidad permiten descubrir aspectos importantes de la imagen de Dios. En este nuevo modo de plantear la cuestión, el cuerpo recupera su inclusión dentro de la imagen de Dios.

Otros pensamientos, apuntan a un reparto entre cualidades o virtudes femeninas o masculinas. Es común encontrar aquellos que afirman que a las mujeres les corresponde la ternura y a los varones la fortaleza. Pero si el asunto se contempla de cerca, los hábitos y las virtudes pertenecen a la naturaleza y tanto el varón como la mujer tienen una naturaleza humana en cierto modo completa, y la perfección pertenece el cultivo de todas las virtudes que, se relacionan entre ellas; por lo que esta explicación tampoco resulta convincente.

Existe otra propuesta que, a partir de los datos genéticos, desarrolla la tesis de la modelización sexual según la cual varón y mujer son dos modos diversos de realizar la misma naturaleza. Así, las virtudes o los talentos se presentarían con matices diferentes en varones y en mujeres. Tener buena voz, por ejemplo, además de ser un talento personal, se manifiesta en cuatro tonalidades, de las cuales, aunque haya dos comunes, solo los varones alcanzan la más baja y las mujeres, la más alta.

La diferencia se presenta entonces, como un modo distinto de hacer lo mismo, dos modos distintos de solucionar problemas o incluso de ver y descubrir los problemas, es decir, que hay cosas que los hombres ven pero las mujeres no, y a la inversa. Por lo que el concurso de ambas perspectivas se torna indispensable cuando un asunto quiere resolverse atendiendo a todas sus dimensiones.

Es ilustrativo advertir que cuando los hombres han definido a las mujeres, o bien las han sublimado poniéndolas más arriba, o las han subordinado poniéndolas más abajo. Otras veces las han puesto detrás o quizá delante, pero nunca a su lado. Y cuando las mujeres han querido afirmar su identidad, las alternativas ensayadas han sido: imitar al varón, o bien competir con él y suplantarle; o bien trivializar o anular la diferencia. La causa de no encontrar una propuesta adecuada es la ausencia de una filosofía que haga sitio a la unión de los dos, y que los ubique en el mismo nivel.

Nos encontramos ante una afirmación de esta cuestión necesaria para explicar la familia y determinar así la suprema importancia en el plan divino que esta posee. Si bien un varón y una mujer tienen capacidad para formar una “unidad de dos”, dicha unidad da lugar a una fecundidad, no solo biológica sino también cultural y de desarrollo humano. Así en la familia, las personas se convierten en padre y madre gracias a la llegada de un hijo. De este modo; la familia está constituida por una relación en la cual solo se puede ser padre si hay hijo y madre, solo se es hijo

si hay padre y madre, solo hay madre si hay padre e hijo. Se trata, pues, de una relación de tres términos en los que cada uno es determinado por dos extremos distintos a él.

2.4 Como se entendió la Imago Dei a través de la historia

En cada momento o situación, que nos encontramos con la afirmación: el hombre es imagen de Dios, nos vemos ante una doctrina que encierra grandes dificultades y que representa aun, y a pesar del tiempo, un verdadero misterio. Esta doctrina encuentra sus fundamentos en los textos de la Biblia, primeramente en el Antiguo Testamento y consecuentemente en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, a lo largo de la historia del cristianismo notamos que no existe uniformidad en la enseñanza patrística, por lo que de manera general intentaremos enunciar las principales ideas y pensamientos que los Padres de la Iglesia sostuvieron con relación a la Imago Dei.

La doctrina de la imagen de Dios en el hombre no ha sido uniforme en el pensamiento de la Iglesia Primitiva, sin embargo, encontramos en el pensamiento paulino, que la única imagen de Dios es Cristo. Por otro lado, Filón de Alejandría, quien escribió antes del nacimiento de Jesús, entendió que la imagen que se describe en el libro de Génesis es asociada con el Logos; Filón calificó al Logos como la imagen de Dios.

Irineo: Fue uno de los primeros pensadores cristianos en hacer una distinción entre los términos imagen y semejanza. Para él imagen, se refiere al orden natural, es decir, cuerpo y alma, mientras que semejanza, se refiere al ámbito del espíritu. Según Irineo, la pedagogía divina supone un progreso, el cual está definido por un proceso de tres etapas:

- i. Existir
- ii. Progresar
- iii. Llegar a la gloria viendo a Dios

Siguiendo a través de este proceso, el hombre se orienta hacia la perfección y se conforma poco a poco a la imagen y semejanza de Dios.

Clemente de Alejandría: Según Clemente, todos los hombres son la imagen de Dios, pero la semejanza supone un estado de justicia y gracia mediante el cual agradan a Dios. Para él, la imagen es la realidad natural, mientras que la semejanza es la realidad sobrenatural.

Orígenes: El pensamiento de Orígenes no es constante. En algunos escritos dice que el hombre ha sido creado desde el inicio a imagen y semejanza de Dios. En otros, presenta la imagen de Dios como la meta del progreso espiritual. Orígenes dice que solamente Cristo puede ser llamado imagen de Dios. El hombre sería entonces, “según la imagen”, o “imagen de la imagen”.

Tertuliano: Describe que es mediante el bautismo que el hombre recupera la semejanza que el hombre tuvo con Dios en su estado primitivo.

Atanasio: No hacía distinción entre los términos imagen y semejanza. Tampoco hay su pensamiento una idea de progreso hacia la semejanza. El hombre puede ser considerado como la imagen de Dios solamente en razón de la naturaleza de su alma. El alma tiene el privilegio de contemplar al Verbo, imagen del Padre. Debido al pecado, el alma fue privada de esa contemplación del Verbo y no se puede volver a ella, sino es por medio de la gracia.

Gregorio de Niza: Enseñaba que el hombre es la imagen de Dios, solamente después de enumerar todos los dones que Dios le concedió desde la creación: vida, razón, sabiduría, todos los bienes que convienen a Dios mismo, entre ellos también la eternidad. Decir que el hombre es imagen de Dios significa que Dios ha hecho a la naturaleza humana participe de todo bien. Para Gregorio, la semejanza divina no existe en el cuerpo, ya que él estima en poco el cuerpo. Es solo el alma la que propiamente es imagen de Dios.

Agustín de Hipona: Distingue los dos términos de imagen y semejanza. No acepta la teoría de Irineo según la cual la imagen expresa la condición natural del hombre y la semejanza su condición sobrenatural. Para Agustín la semejanza no incluye la imagen, pero la imagen si incluye la semejanza. Ya que la imagen designa al hombre en su totalidad. Esta imagen de Dios es una prerrogativa de la naturaleza humana, de modo que no se podría destruir esta imagen sin destruir la naturaleza del hombre. Entonces, el alma es imagen de Dios en virtud de su naturaleza, esta imagen se hace más brillante o más perfecta por la elevación al orden sobrenatural.

Posterior a la época de la iglesia primitiva y de los padres de la iglesia, la historia nos introduce en la edad media, donde encontramos el pensamiento medieval influido por el movimiento escolástico.

Entendemos la escolástica como una corriente teológica y filosófica que utilizó parte de la filosofía grecolatina clásica para comprender la revelación religiosa del cristianismo. El término proviene del latín “*scholasticus*”, y éste a su vez del griego “*scolasticos*” que significa: aquel que pertenece a la escuela.

De este pensamiento destacan ilustres escritores, los principales representantes de la escolástica fueron sobre todo Santo Tomás de Aquino, Anselmo de Canterbury, Pedro Abelardo, Juan Duns Escoto, y Bernardo de Claraval quien sostenía su doctrina sobre la libertad como imagen de Dios en el hombre. Distinguía también alguna diferencia entre la región de la semejanza y región de la desemejanza. Tomas de Aquino es, sin duda alguna, el más importante y reconocido pensador, en cuanto a su obra y aportes a la filosofía religiosa de la época.

Tomas de Aquino: Escribe en su libro: “Suma Teológica”, que para él, el hombre es el fin y meta de toda la actividad creadora de Dios. Por lo tanto la cumbre del hombre se encuentra en el privilegio de ser imagen de Dios. Entonces la imagen de Dios en el hombre es propiamente: la razón de imagen, es decir, la naturaleza intelectual. Es la expresión de la luz intelectual divina y lo que constituye la diferencia específica, y a la vez intuye la distancia respecto del Creador por ser imagen y no igualdad.

Cuando Tomas de Aquino dice que la imago Dei es la naturaleza intelectual, quiere indicar con ello que dicha naturaleza implica no sólo al conocimiento intelectual sino también al apetito que corresponde a ese conocimiento. De este modo la naturaleza intelectual es el intelecto y la voluntad humana que imitan, a Dios mismo en cuanto inteligencia valiente y con la distancia que ello implica. De manera que el hombre es máximamente a imagen de Dios según que la naturaleza intelectual puede imitar máximamente a Dios. Se deduce entonces que, el hombre tiene aptitud natural para entender y amar a Dios, y esta aptitud consiste en la misma naturaleza de su mente, la cual es a la vez, común a todo hombre.

Mientras que los teólogos medievales continuaron distinguiendo y haciendo separación entre los términos imagen y semejanza, entendiendo la imagen de Dios como la mente y la voluntad del hombre; según ellos, la caída no tuvo ningún efecto sobre la mente o la voluntad, y según entendieron, la imagen no se vio afectada por el pecado, dando a entender que la caída sólo destruyó la semejanza del hombre con Dios. De tal manera que en la Caída, el hombre simplemente perdió un don divino, y ese don, no era esencial en lo que respecta a su humanidad.

Con relación a la época histórica de la reforma, encontramos los pensamientos de Martín Lutero, Juan Calvino y Jacobo Arminio, entre muchos otros teólogos reformadores, estos entendieron los términos imagen y semejanza como sinónimos. Lutero identificó la imago como la justicia original del hombre y, puesto que el hombre está muerto en el pecado, la imago debió perderse por completo. En su enseñanza Calvino estaba de acuerdo, pero demostraba una visión más amplia diciendo que la imago es algo que distingue al hombre de los animales. En el pensamiento de Calvino, cuando el hombre cayó, el pecado impregnó la imago; esta no fue destruida, sino triste y horriblemente desfigurada, dejando la parte espiritual de él muerta.

Martin Lutero: proponía un punto de vista unitario de la imagen de Dios. Todos los aspectos de la imagen de Dios en los humanos se han corrompido, lo único que ha quedado es una reliquia, un remanente de la imagen de Dios, fragmentos de todo lo que constituía la semejanza con Dios. Para Lutero existe una imagen incorruptible que aún existe en la intención y el plan de Dios, pero que está ausente en los hombres como consecuencia de la caída.

Juan Calvino: En su libro: Institución de la religión Cristiana, rechazaba el punto de vista dualista manifestado por el pensamiento escolástico, y sostenía que una reliquia de la imagen permanecía en cada persona después de la caída. En función de ese hecho, el conocimiento de nosotros mismos y el conocimiento de Dios están relacionados, entonces al conocernos a nosotros mismos llegamos a conocer a Dios, ya que él nos ha hecho a su imagen.

Acercándonos un poco más hacia nuestros tiempos, encontramos también en diversos autores, puntos de vista particulares e interesantes, que nos permiten ampliar el panorama sobre la concepción teológica de la imagen de Dios, y de las diferentes aplicaciones que suscitaron en la mente de estos pensadores. Obviamente mencionar a la mayoría de pensadores es una tarea

complicada, sin embargo veremos el pensamiento de algunos reconocidos autores. Muchos teólogos modernos no conciben la imagen de Dios como algo que está dentro de la naturaleza humana.

Emil Brunner: En su libro *El hombre en rebeldía* (Una Antropología Cristiana), argumentaba que la palabra de Dios es la base para entender la imagen, de una manera ontológica, por lo tanto no solamente afirma cual es la imagen de Dios, también afirma que constituye realmente la imagen. Para Brunner existen dos sentidos de la imagen de Dios, uno formal y el otro material. A saber, el sentido formal es la humanidad, lo que hace una persona humana diferente a los animales, es decir, el hombre como ser racional, libre y responsable; el sentido material, es más bien un acto de respuesta, manifestado en la relación con Dios. Cuando el hombre responde y voltea su mirada a Dios, y al mismo tiempo a su prójimo, entonces está reflejando la imagen de Dios, en otras palabras la imagen se manifiesta en nuestra responsabilidad con respecto al amor al prójimo, cuando nos relacionamos entre sí. Este punto de vista es también compartido por el autor de este artículo.

Karl Barth: Encontramos en el pensamiento de Barth, tres etapas, en las cuales su concepción de la imagen de Dios fue cambiante. En la primera etapa de su pensamiento, no utilizaba la expresión “imagen de Dios”, pero se inclinaba hacia una unidad entre Dios y los hombres como algo muy parecido a la unidad entre un feto y su madre. Esta unidad se perdió después de la caída. Según lo describe en su comentario a la Epístola a los Romanos.

En el segundo periodo, negó vigorosamente cualquier tipo de conexión entre Dios y el humano, este último no posee ninguna capacidad para recibir la Palabra de Dios.

En la tercera etapa de su pensamiento, y tomando como referencia el libro *Dogmática de la Iglesia*, (Barth en Erickson, 2008: pagina 521), habla sobre que la imagen todavía está presente en el ser humano, por la sencilla razón de que sigue siendo humano aun. Él ve la imagen de Dios no solamente como una relación entre el hombre y Dios, sino que también lo visualiza en una relación horizontal, entre humanos. Esto lleva implícito, el hecho puntual que encontramos en la Escritura en el cual hace mención acerca de que en la creación del hombre a imagen de Dios, dice: “varón y hembra los creo”.

En este libro *Dogmática de la Iglesia*, (Barth en Erickson 2008: página 521), expresa una verdad de suma importancia, de que aprendemos de la humanidad estudiando a Cristo, no a los humanos. Jesús es la forma más completa de la revelación y solamente a través de esa revelación es posible llegar a conocer como fue creada la humanidad. La presencia de la imagen de Dios en los hombres, es lo que nos hace humanos, y esto nos lleva ante cuatro enunciados:

Vemos a nuestros contemporáneos como nuestro prójimo.

Nos comunicamos entre sí, hablamos y nos escuchamos unos a otros.

Nos ayudamos unos a otros.

Hacemos estas cosas con gozo.

Wolfhart Pannenberg: En su *Teología Sistemática*, (Pannenberg, 1996, pág. 236) describe que en su pensamiento la imagen de Dios en el hombre consiste en su destino a la comunión con Dios. El hilo conductor de este artículo es la relación vital entre imagen y destino, cuya consecuencia fundamental radica, en la concepción de persona humana, es decir, un ser cuya única explicación consiste en, ser para Dios. Pannenberg tiene el convencimiento firme de que es toda la persona humana, cuerpo y alma, la que es imagen de Dios. El cuerpo participa de esta condición por estar animado por un alma espiritual. Hace un marcado énfasis en el tema del destino, porque es consciente de que, de no haber en el hombre una dignidad trascendente, que le fue otorgada por el destino y la ordenación hacia la comunión con Dios; por su capacidad de entenderle y responderle, en caso contrario no se podría hablar del hombre, como imagen de Dios. Pannenberg mantiene que la vida humana es exocéntrica, es decir, posee una índole extática debida a su apertura al mundo. Lo distintivo de los seres humanos es su apertura al infinito, en cuanto distinto de lo finito.

El hombre desea radicalmente un más allá. La antropología de Pannenberg concibe al hombre estructuralmente como un ser abierto que supera los límites de la finitud y espera una plenitud más allá de la muerte. Es por esto que entre todas las demás criaturas, el hombre se distingue, porque su ser se haya referido a Dios de una forma especial. En ello se apoya su vocación y facultad de dominio sobre el resto de las criaturas de Dios.

Según Pannenberg el carácter personal del individuo viene definido por la integridad anímico-corpórea, es decir, alma-cuerpo, y por la singularidad. Ésta se adquiere frente a los otros y consiste en “ser uno mismo”, un sí mismo que nunca aparece definitivamente porque la persona es inaferrable: no se puede captar, objetivar; la persona, en todo caso, se debe contemplar. (Pannenberg, 1996, pág. 227) Para Pannenberg, es conveniente recordar que no estamos hablando de la persona como concepto, sino de la persona real, de la persona singular y concreta.

Conocer una persona no es saber cómo es; conocer a alguien es acceder a la identidad de quién es. El yo personal es único, no cambia; pueden cambiar sus características, sus rasgos individuales, pero no su identidad personal. Esa identidad es inmutable, porque estamos frente a un absoluto, un ser de dignidad única, dotado de sacralidad por ser reflejo del mismo Dios. Pannenberg afirma que, ser persona es más que una comprensión psicológica en el sentido de que conocer a una persona no es saber cómo es, cómo reacciona, cómo vive, qué piensa y qué quiere; conocer a una persona es acceder a la intimidad radical que trasciende siempre su realidad empírica y se trasciende siempre a sí misma.

El término “persona” no significa precisamente un papel transferible, sino que significa, el hombre mismo. Pero en ese ser uno mismo se hace mención de la identidad en la integridad de la propia vida. Es por eso que, en la historia de nuestra vida, el ser uno mismo aún no ha aparecido de forma definitiva. Todavía no se ha descubierto lo que verdaderamente somos, no obstante, siempre estamos existiendo como personas.

No puede y no debe hablarse de imagen de Dios, según lo expresa Pannenberg, en su *Teología Sistemática*, pensando en un estado de perfección paradisíaca, el cual que se perdió con el pecado de Adán, sino pensando en Cristo. La imagen de Dios en el hombre ha hallado su cumplimiento perfecto en la persona de Jesucristo. La concepción plena del hombre como imagen de Dios no se puede obtener solo a partir de nuestra lectura del Antiguo Testamento, porque se impone la interpretación cristológica. Hay que acudir al Nuevo Testamento, donde está el original primitivo, que es Jesucristo, la imagen perfecta del Padre.

Como podemos darnos cuenta, a lo largo de la historia, el concepto y la idea relacionada con la imagen de Dios en el hombre, ha sido variada, y vista desde diferentes ángulos, por lo que nos encontramos frente a una gran riqueza referente a su interpretación. A pesar de esta gran variedad, el escritor Millar Erickson, considera que es posible hoy en día, agruparlas a todas ellas en tres categorías, o puntos de vista, a saber: Sustantivo, Relacional y Funcional.

Punto de vista Sustantivo: Esta categoría ha sido la más predominante a lo largo de la historia del estudio teológico. En resumen, podemos indicar que el elemento central de este pensamiento afirma que la imagen se identifica con una característica o cualidad definida dentro del carácter humano. Erickson explica que, algunos añaden al concepto, el hecho de que la imagen de Dios es un rasgo relativo a nuestro aspecto físico y corporal, partiendo de una lectura literal del término hebreo *tselem*, que traducido e interpretado, significa estatua, o forma. (Erickson, 2008, pág. 517). Algunos consideran como una señal distintiva, el hecho de que el hombre camina de forma erguida, como un símbolo de la honradez y rectitud moral de Dios.

Entender la imago Dei, desde el punto de vista sustantivo ha sido predominante en toda la historia de la iglesia. Los teólogos y pensadores partidarios sostienen que es una cualidad o capacidad inherente al hombre. Algunos de ellos sugieren que la caída dañó o destruyó la imagen de Dios, mientras que otros enseñan que no pasó nada en absoluto.

En la lectura del texto de Génesis 1:26, al parecer Dios, hablándole a alguien más, dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.” Como vimos anteriormente, encontramos que Ireneo se encuentra entre los pioneros que hacen una distinción entre la imagen y la semejanza. Para él, la imagen abarcaba características físicas, incluyendo la mente y la voluntad del hombre, mientras que la semejanza, era de índole espiritual. Tertuliano por su parte, sostuvo puntos de vista similares en el sentido de que la caída tuvo poco o ningún efecto sobre la imagen de Dios, mientras que la semejanza de Dios en el hombre fue destruida. Según ellos, el hombre sólo perdió su condición de santidad, lo cual era un regalo original otorgado por el Espíritu. Por lo tanto, en consecuencia, ya no podía estar en comunión con el Señor.

Como podemos ver los puntos de vista sustantivos sostienen y enseñan que la imagen de Dios, es una parte ontológica en y del hombre. Este es el único punto de vista de los tres que distingue y asume como diferentes los términos imagen y semejanza.

Punto de vista Relacional: El punto medular de este pensamiento, radica como su nombre lo indica, en la relación que el hombre como criatura, mantiene y sostiene con Dios, su creador. Y al mismo tiempo, de manera inherente, sostiene y mantiene una relación con sus semejantes, es decir, las otras personas, cercanas y/o lejanas. Podemos entender entonces que una relación dinámica es la esencia que nos puede indicar como el hombre es con Dios. La imagen de Dios entonces es una experiencia dentro de una relación activa.

Con relación a estos enunciados del pensamiento relacional, el autor de este artículo está particularmente de acuerdo e inclinado a creer que la imagen de Dios en el hombre se realiza en la relación que el hombre como respuesta tiene ante la vocación de su creador y ante su relación con el resto de la creación. Adicionalmente, según vimos con anterioridad, podemos identificar que tanto Barth, como Brunner fueron representantes de este punto de vista, y de sus conclusiones podemos resumir algunos principios básicos:

Es posible llegar a entender la imagen de Dios únicamente mediante la revelación divina. La imagen de Dios y la naturaleza del hombre, se entienden mejor a partir del estudio de la persona de Jesucristo, y no a partir del hombre.

La imagen de Dios es universal, de manera que se encuentra en todos los humanos y en todos los tiempos y lugares. Por lo tanto, la imagen de Dios está presente aun en los seres humanos pecadores, dándonos a entender que siempre existe una relación, solo que en algunos casos la relación es positiva, y en otros es negativa. Resulta que, aun dándole la espalda a Dios, no se puede negar el hecho de que estamos relacionados con él de una forma y manera en que ninguna otra criatura lo está.

La imagen de Dios, no es algo que los humanos sean o posean, sino más bien, la imagen es una relación con Dios, es una experiencia humana, que es dinámica y no estática. La relación de un hombre con Dios, constituye la imagen de Dios, y es paralela a la relación entre humanos. Debido a que la imagen de Dios es relacional, y no estructura, no hace falta en el ser humano alguna característica de su naturaleza que le capacite o le proporcione la habilidad para sostener ese tipo de relación.

El punto de vista funcional: Este pensamiento se centra en la idea de que la imagen de Dios no es algo que esté presente en la composición del hombre, tampoco que sea algo que se experimente en la relación con Dios y el resto de los humanos, sino que el punto de vista funcional afirma que la imagen de Dios consiste en algo que el hombre hace. Es una función humana, la cual puede ser identificada con frecuencia en el ejercicio de la potestad otorgada por Dios sobre la creación.

Tomando siempre como base, la lectura del texto de Génesis 1:26, el enfoque funcional no pone su atención en el contenido de “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, sino que continua su lectura hasta donde el texto indica la razón y los atributos que ese hombre tendrá ante lo creado, el texto dice también: “y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos....”; con la intención de identificar en donde radica la imagen de Dios.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Génesis 1:26

Los partidarios de este punto de vista funcional, afirman que Dios creó al hombre a su imagen pero también, le ordenó y le facultó para gobernar sobre la creación. Estos pensadores, ven más una estrecha relación entre estos conceptos. Por lo tanto, la imagen de Dios es la actividad de gobernar sobre la creación. La imagen es algo que el hombre hace.

La perspectiva de que el ejercicio de la potestad sea la esencia misma de la imagen de Dios ha hecho que se ponga mayor énfasis en lo que a veces en los círculos reformados se llama mandato cultural. (Erickson, 2008, pág. 525)

Debido a este pensamiento funcional, y a partir de sus posturas, el mandato cultural hace énfasis en la responsabilidad atribuida al hombre como regente y depositario de la creación, por razón del ejercicio de la potestad otorgada, y esta a su vez entendida como la imagen de Dios.

En este mandato ha quedado implícito que los seres humanos tienen que hacer un completo uso de sus habilidades para aprender sobre la creación, porque al llegar a entenderla, los humanos pueden ser capaces de producir y controlar sus acciones. Estas actividades no son opcionales, sino que forman y representan una responsabilidad que acompaña el hecho de ser la criatura más destacada de Dios.

Después de haber hecho mención de los postulados de estos tres puntos de vista, entendemos que cada uno de ellos tiene sus fortalezas y debilidades, y estas pueden ser susceptibles a la crítica, y por lo tanto a la aprobación o desaprobación.

Podemos destacar y concluir, que en relación a la imagen de Dios, cuando Dios estableció para su pueblo los mandamientos, en ellos les advirtió que el hombre nunca debe hacer una imagen a Su semejanza (Éxodo 20:4). Podemos decir que, lo que al hombre no se le permitió hacer fue algo que Dios ya lo había hecho. Dios creó una imagen de él mismo, y esa imagen era el hombre. Este hombre no se limita a llevar o tener la imagen de Dios; sino más bien leemos en el texto sagrado que: el hombre es la imagen de Dios. Partiendo, entonces de esta enseñanza, el hombre ha sido creado a imagen de Dios, esto atribuye una clara implicación, en la cual esa imagen se extiende al hombre en su totalidad. Por lo tanto, nada en el hombre está excluido de la imagen de Dios. El hombre, fue creado a imagen de Dios, para pueda representar a Dios, como la figura de un embajador en un país extranjero. Como embajador representa la autoridad de su país, por lo que el hombre, debe representar la autoridad de Dios. El énfasis de la iglesia no está solamente en el hombre como gobernante, sino también concibe al hombre como un mensajero.

A manera de conclusión del capítulo, debemos recordar que: En el evento conocido como la creación, encontramos la presencia del Espíritu de Dios, del Verbo y de Dios Padre; cada uno actuando en el plan establecido. Cuando hablamos de creación nos estamos refiriendo a la obra de Dios por medio de la cual, él dio vida a todo lo que hay, tanto en el universo, como en el mar, el

aire y sobre la tierra. Existen en la Escritura dos relatos de la creación, podemos mencionar algunos elementos a manera de resumen, que nos permitan entender los propósitos de cada uno de ellos. Es importante definir que ningún de ellos contradice al otro, no hay relevancia que los distinga. Es más, uno complementa al otro. Los dos relatos coinciden en las siguientes afirmaciones como contenido teológico de su reflexión: Dios no tiene principio; Es un ser personal; La creación en su origen responde a los planes de Dios; Creador de todo cuanto existe; El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es la cúspide y centro de toda la creación; Hombre y mujer están hechos el uno para el otro.

La Caída del hombre

Cuando se pretende hablar de la caída del hombre, es necesario considerar que el tema contiene un par de conceptos implícitos y estos no deben ignorarse, para no perder de vista todo el panorama y la implicación de este evento.

Debemos entender de forma muy simple, que no pudo haber una caída, si antes no existía un lugar especial del cual caer. En este caso, y siempre de manera simple, vemos un estado de gracia, otorgado al hombre por Dios, y de igual manera es de suma importancia, poder reconocer un ofrecimiento de gracia después de la caída. Dicho de otra manera, antes y después de la caída, encontramos la gracia de Dios, otorgada al hombre.

Otro concepto implícito en el evento y el relato de la caída, es la condición del pecado, como un estado, y no solamente como una acción. En este caso, la acción de desobedecer a Dios, es considerada como un pecado, y ha sido llamado, el pecado original, debido a que es el primer pecado cometido en la tierra. Como consecuencia de este pecado, el mal entro en el mundo, y ha colocado al resto de los hombres en un estado de pecado. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Romanos 5:12

De esta manera, entendemos que toda persona que nace en este mundo, lo hace en un estado de pecado, si bien es cierto, no es culpable individualmente de haberlo cometido, debido a su corta edad, es coparticipe del pecado, porque lo heredo de sus padres, de la misma manera como sus padres lo heredaron, ha sido así, de generación en generación, de la misma manera, a partir de Adán.

El relato de la caída se encuentra narrado a detalle en el documento yavista (J), y descrito en el capítulo 3 del Génesis como la desobediencia del hombre, así las consecuencias de su pecado.

El relato comienza con una descripción interesante sobre la serpiente, la cual es descrita como poseedora de un nivel superior en relación al resto de los animales del campo, era una criatura creada por Dios, que estaba hablando con Eva.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Génesis 3:1

Como consecuencia de esa pregunta, en la mujer surgió la inquietud de probar el fruto, el cual según el relato era de buen parecer. El fruto era bueno y agradable a los ojos, codiciable y sobre todo al comerlo, ofrecía la posibilidad de alcanzar conocimientos superiores, cayendo con esta acción en desobediencia y en pecado.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Génesis 3:6

A manera de resumen, podemos encontrar en el evento de la caída algunas situaciones que ocurrieron, por ejemplo: vemos que apareció la duda, debido a que Satanás pudo sembrar en Eva, una semilla de incredulidad. Adicionalmente nos encontramos con un cambio sutil de las palabras de Dios, lo anterior es posible comprobar sencillamente cotejando los textos en relación a lo que dijo Dios:

Y mando Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. Génesis 3:16-17

Y la respuesta de Eva:

Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocareis, para que no muráis. Génesis 3:2-3

En la explicación de Eva, ella añade la prohibición de tocar el fruto para no morir, y cuando volvemos al primer texto, no encontramos que haya sido así. Podemos identificar que ella, en el camino hacia la desobediencia, primeramente vio, después deseó, y luego tomó el fruto para comerlo.

Es necesario definir que la tentación en sí misma no es pecado, pero la respuesta o la reacción al entregarse a la tentación, sí lo es. Cuando Eva se entregó a la tentación y desobedeció, fue entonces que el pecado entró en el corazón humano, en forma de duda, y posteriormente transformada en desobediencia y rebeldía.

Consideremos el hecho de que, Eva fue engañada por la serpiente. Mientras que Adán escogió consciente y deliberadamente. Él sabía perfectamente lo que hacía. Y tomo una decisión clara al escoger entre el compañerismo con el Señor o con su mujer. Como sabemos, Adán escogió acompañar a su mujer y así, de esa manera, él cayó.

A este primer pecado, el pecado original, podemos atribuirle una cualificación especial: ya que representa el inicio de una historia que está marcada, definida y determinada en muchas ocasiones por él.

3.1 Daño en la Imago Dei

El hombre, la criatura de Dios, hecho y constituido como la corona de todo lo creado, a imagen y semejanza de Dios según el relato bíblico, vive y goza en un estado de plenitud, en donde su relación con Dios y con el resto de la creación se mantiene y sostiene en perfecta armonía. Algunos estudiosos han llamado a este periodo, la era de la inocencia. En este estado, el hombre estaba en comunión con Dios. El hombre, en su estado original de inocencia, sostenía una comunión ininterrumpida con Dios, y esta a su vez, era ejercitada reuniéndose con Él cara a cara, regularmente cada día. Dios se manifestaba de forma visible a Adán y Eva y de esa manera, tenía comunión con ellos.

Como consecuencia del pecado, la imagen de Dios resulta afectada, porque el pecado representa una franca rebeldía y un rechazo a la soberanía de Dios. El hombre ha decidido, dudar, razonar y escoger entre lo bueno y lo malo, pero en su miseria solamente puede escoger hacer el mal. Según vimos la imagen de Dios en el hombre, representada por sus relaciones, sus funciones o sus atributos, todas y cada una de ellas ha sido desvirtuada como resultado de la caída.

3.1.1 Implicaciones

El pecado original, ocurrido en la caída, provocó daños en todo lo creado, tanto en la naturaleza, como en la raza humana; vemos que la tierra recibió maldición, y en consecuencia habría de producir espinos y cardos.

Mientras que en la raza humana, en consecuencia, todos los hombres solidariamente son constituidos como pecadores, el hombre ha de vivir trabajando duramente, la mujer dará a luz a sus hijos acompañada de gran dolor. Por su caída, el hombre se hizo heredero de la muerte física, y de la muerte espiritual, la cual puede ser también entendida como la muerte eterna, porque esta trasciende la muerte del cuerpo.

En el castigo de Dios al hombre y su mujer, después de su desobediencia, al ser expulsados del huerto, nos pueden servir de referencia indirecta algunos detalles de lo que en realidad implicó ese castigo y de cómo Dios había querido inicialmente que el hombre viviera, nos referimos al hecho de que el hombre dentro del huerto vivía libre de fatiga, del dolor y de la muerte, en una relación de completa armonía entre el varón y la mujer. También considerando el relato, podemos entonces identificar algunas consecuencias relativas al pecado original, como un inmediato sentido de culpabilidad y vergüenza, que provocó en ambos, el deseo y la intención de esconderse de Dios, posteriormente vemos por primera vez un juicio divino y la sentencia que cayó sobre cuatro seres: a saber, la serpiente, sobre Satanás, sobre el hombre, y también sobre la mujer. Por último encontramos la expulsión del huerto de Edén.

Si quisiéramos enumerar que implica el daño de la imagen de Dios en el hombre, basando nuestro estudio en los aspectos negativos, es decir, en lo que el hombre perdió, o las cosas de las cuales prescindió como consecuencia de la caída, tendríamos que reconocer que el hombre, al tomar la decisión de obedecer sus deseos, y desobedecer la orden divina, prácticamente le dio la espalda a su llamado y a su deseo por estar en comunión con Dios. El hombre ignoró su llamado, su vocación para ser la imagen de Dios, y su deseo se inclinó hacia su intelecto, quería conocer el bien y el mal, buscando ser igual a Dios.

Perdió el sentido y la orientación, y para su desgracia y miseria, está consciente de eso. Por lo tanto busca por sus propios medios, y esfuerzos volver al rumbo, apoyándose en su libre voluntad. De igual manera, el hombre perdió su capacidad de amar al prójimo como así mismo, implicando esto que sus relaciones interpersonales, al igual que su relación con Dios, está en crisis, queriendo superarse a él mismo, ocurre con frecuencia que ataca a su semejante, destruye la naturaleza y los recursos de la tierra, con tal de alcanzar su objetivo de trascender, de obtener grandeza, aun a pesar del precio, sin importar que eso represente dañar, e incluso aniquilar su entorno.

El hombre busca ser feliz, quiere la felicidad que perdió y la salvación que necesita, pero al intentarlo por sus propios medio, colisiona inevitablemente contra su miseria, su desgracia, su finitud, su intrascendencia. Él sabe que es un ser finito, porque lo vive en su propia carne; su cuerpo se desgasta y sufre, se enferma y se deprecia. Su fragilidad lo presenta, aun contra su propio deseo frente a la muerte, aunque la muerte es parte de la vida, ya que el mismo hombre sabe que, es un elemento esencial de su existencia, no sabe cómo vencerla, y tampoco no puede, nadie ha podido. No obstante, la muerte también supone la pregunta sobre la salvación. El hombre ante la muerte está parado frente a lo definitivo, lo que representa la culminación de sus días, y de su obra, el hombre esta solo lleno de temor y angustia, ante la muerte, ya sea la de un ser querido, o la muerte propia.

Otra implicación del daño de la imagen de Dios en el hombre, es la presencia del mal en la tierra, a consecuencia del pecado. Frente a este mal, el hombre se siente amenazado, afectado, alcanzado y herido. Es más bien, algo inaceptable, que no se puede describir ni explicar, por lo tanto tampoco es deseado. Dios no es el origen de este mal, sino que el mal es consecuencia de la ruptura de la armonía en toda la creación con su creador. El mal se adueñó de los corazones, y esto también clama ante la posibilidad de salvación.

La abundancia del mal en la tierra, como implicación del daño de la imagen de Dios en el hombre, también genera mucho sufrimiento; este sufrimiento injustificable afecta a criaturas inocentes e indefensas, así como también a la naturaleza, a los otros seres vivos, algunos de ellos ya ni siquiera existen, como producto de la extinción provocada por los seres humanos. Todas las personas que han vivido sobre esta tierra, han experimentado algún tipo de dolor y sufrimiento, como

consecuencia e implicación de la abundancia del mal. La injusticia social ha estado presente en toda la humanidad y en todas las épocas, el sufrimiento ha sido infringido al más débil e indefenso por el mismo ser humano. El mismo hombre está implicado en la existencia o en el padecimiento del mal. La voluntad del hombre, según lo entiende el escritor Emilio Justo, prevaleció en su búsqueda de soberanía y deseos de apartarse conscientemente de los requerimientos de Dios, según nos lo amplía en su siguiente comentario:

El pecado significa negarse a asumir la condición de creatura, rechazando a Dios, desplazando al prójimo y desligándose del mundo real. La afirmación de sí frente a esas realidades y el proyecto de hacerse a sí mismo al margen de Dios y de los demás es lo que constituye la raíz del pecado. Lo que Dios pretende dar al hombre, este se niega a recibirlo y quiere alcanzarlo sin Dios y contra Dios. En definitiva, el pecador desea ser como Dios al margen de Dios. (Justo, 2017, pág. 59)

Ante toda esta abundancia del mal, también surge urgentemente la pregunta sobre la salvación, y ante todo, es evidente que la implicación del daño de la imagen de Dios, solamente puede ser restaurado por el creador, quien excede a la criatura; Dios que por medio de su gracia, ha previsto la restauración de su imagen en el hombre, ha previsto una salida, una respuesta.

3.2 Dimensiones

Para entender la dimensión del daño ocurrido en la Imago Dei en el hombre, como consecuencia de la caída, podemos responder inicialmente algunas preguntas. ¿Hubo daño en la Imago Dei? ¿Qué paso con la imagen de Dios en el hombre? ¿Murió la Imago Dei, aún existe, esta manchada? Adicionalmente será de mucha utilidad analizar el alcance que ese daño tuvo en el hombre y su entorno, primeramente ante su creador, como también ante el resto de la creación.

Como resultado de sus acciones y decisiones, el hombre fue hecho responsable, por lo tanto debe hacer frente a las consecuencias de la desobediencia, y responder ante seis áreas o dimensiones:

1. Frente a Dios
2. El medio ambiente
3. Su cuerpo
4. Su naturaleza

5. Su culpabilidad

6. La penalidad.

El primer resultado fue el efecto negativo en relación a Dios. Podemos afirmar, que fue en este momento que la imagen de Dios en el hombre fue dañada. Con respecto a la relación del hombre con el medio ambiente, entendemos que en el reino animal hace su aparición una casta de animales que se tornaron carnívoros, ya que comúnmente se ha aceptado que antes de la caída del hombre, todos los animales tenían una dieta de vegetales. Estos animales ya existían, pero se volvieron carnívoros.

En relación al hombre y su cuerpo, ahora el hombre está sujeto a enfermedad física, debilidad y otros padecimientos. Estos son parte de la fragilidad humana. Ahora el ser humano está sujeto a la muerte física, en algún momento morirá físicamente y volverá al polvo de donde proviene.

El cuarto resultado lo encontramos en el efecto en relación a su naturaleza, el hombre ahora está espiritualmente muerto y ya no tiene una relación vital, viva, espiritual o en compañerismo con Dios. Con respecto a este tema, hablaremos ya de dos aspectos de la muerte espiritual:

- i. La depravación total
- ii. La incapacidad total.

La depravación total, no postula que el hombre es tan malo como podría llegar a ser; el hombre puede ser aun peor. Esta depravación total no significa que el hombre está destituido de conciencia o nulo de toda cualidad buena. No significa que el hombre se envuelve en todos los pecados, tampoco significa que él no puede hacer el bien. La depravación total implica que el hombre puede llegar a cometer cualquier pecado, porque es capaz de hacerlo. Carece del amor y la obediencia a Dios como lo demanda la ley de Dios. Aunque el hombre no sea culpable de todos los pecados, el punto medular que sostiene la depravación total es que el pecado se extiende a cada parte del hombre. Significa que el hombre es esclavo del pecado, y está muerto en sus delitos y pecados.

La incapacidad total significa que el hombre ya no posee el poder de elección contraria que tenía antes de la Caída. En su estado de inocencia, él era Santo y perfecto; él podía obedecer o desobedecer. Pero como resultado de la depravación total ahora hay también una incapacidad total.

El hombre ya no tiene el poder de elección contraria; si bien es cierto, aun es capaz de elegir, pero sólo de acuerdo a su naturaleza, la cual es esclava del pecado. Así que la incapacidad total implica y representa, que el pecador no puede, por un solo acto de su voluntad, traer en sus propias fuerzas, su carácter y su vida a una completa conformidad con la ley de Dios. No puede cambiar su preferencia por el pecado, en favor del amor de Dios. Este hombre, en su estado caído natural, es incapaz de responder a Dios; tampoco puede hacer algo para justificarse o defenderse ante Dios.

Con relación a la depravación y la incapacidad, se estará ampliando en el capítulo 4, debido a posturas diferentes que sobre estos aspectos han presentado tanto Calvino, con Arminio en su entendimiento de la condición del hombre, como consecuencia del daño ocasionado por la caída.

Nos corresponde ahora hacer mención de dos términos que gozan de evidente importancia, para la comprensión correcta de las dimensiones de la caída; los términos *culpa* y *pena*.

En relación al hombre y su culpabilidad, quiere decir que el hombre merece ser castigado. Culpabilidad significa que existe la obligación de rendir satisfacción a la justicia de Dios, según lo determinado por la ley de Dios. Cuando un hombre es declarado culpable de un delito, esa misma declaración de culpabilidad significa que merece ser castigado. Por lo tanto, tiene la obligación de satisfacer las demandas de la ley quebrantada.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Romanos 3:19-20.

Así que, por un delito específico, satisfacer las demandas de la ley puede significar que debe pagar multa, o pasar cierto número de años en prisión, inclusive recibir la pena de muerte. El simple hecho de que el hombre ha sido declarado culpable lleva consigo la obligación de satisfacer la justicia de Dios por haber violado conscientemente la ley de Dios. “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”. Romanos 1:18

La culpabilidad es el resultado imparcial del pecado, por lo tanto el hombre es culpable; ha sido juzgado y encontrado responsable ante Dios, y en consecuencia, debe pagar la pena.

Esta penalidad significa el dolor o la pérdida que es directa o indirectamente impuesta por los legisladores, como una condena, para la reivindicación de la justicia. Esta es la consecuencia natural de la declaración de culpabilidad. Al haber culpa, hay pena: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dadora de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor Nuestro”. Romanos 6:23

La penalidad implica muerte física, muerte espiritual y eterna, conocida como, la segunda muerte. La única manera que uno puede escapar de la penalidad de la muerte física, la muerte espiritual y la muerte eterna, es aceptando que alguien pague el precio en su lugar.

Es este momento cuando se hace presente, por gracia, el plan de Dios, como iniciativa de su amor por la humanidad, para la satisfacción de la justicia, y el pago del precio exigido por la culpa. Jesucristo tomó sobre él mismo, la penalidad de la ley. Es importante recordar que la pena no fue absuelta, sino que en todo caso fue pagada; la justicia recibió el pago requerido, solo que, en su lugar, el hombre fue sustituido por Jesucristo para presentarse el mismo ante la justicia divina, para salvación de muchos.

Entonces podemos continuar, intentando responder las preguntas que inicialmente nos atrajeron hacia esta búsqueda, sobre la dimensión del daño ocasionado por la caída.

¿Hubo daño en la Imago Dei? Si tomamos en consideración todo lo expuesto hasta ahora, acerca de la definición de imagen de Dios en el hombre, podemos iniciar diciendo que, el pecado dañó la relación perfecta de Dios con su creador. Definitivamente, si hubo daño en la imagen de Dios en los hombres, sufrió y fue afectada por el pecado. La vida espiritual del hombre murió y a consecuencia de eso su destino es la muerte eterna. La imagen de Dios en cuanto al punto de vista relacional perdió toda comunicación con Dios, sin embargo los partidarios del punto de vista funcional y sustantivo, han defendido que mientras las características de autoridad, inteligencia, e intelectual sea manifiestas en las obras humanas, algo de la imagen de Dios permanece aún en el hombre, aunque este punto no niega que haya sufrido daño.

¿Qué paso con la imagen de Dios en el hombre? Como hemos podido identificar, existen al respecto dos teólogos y exponentes, que responden ante esta cuestión, así que mientras Calvino, enseñó y defendió que murió la Imago Dei, Arminio sostuvo que aún existe, y que esta se encuentra desvirtuada y manchada. Adicionalmente, y a pesar de las dos posturas y sus argumentos, nos encontramos ante un hecho evidente, que está representado por la condición del ser humano, y su conducta ante el resto de la creación, su prójimo, su familia, y ante todo frente a Dios su creador. Si fuera posible por medio de las evidencias responder esta interrogante, tendrían suficientes motivos para seguir haciendo la misma pregunta una y otra vez, cuando vemos la injusticia, el desamor, las guerras, muertes, enfermedades, y tanta maldad imperando en la humanidad.

Otra manera de identificar que paso con la imagen de Dios, es recordar lo que inicialmente fue, es decir, como hemos visto, las dimensiones en el hombre por ser la imagen de Dios, aplican a todo el género humano, hombre y mujer que haya vivido, que vive y que vivirá en la tierra, esto incluye y abarca su dignidad, la unidad de su alma y cuerpo, y su relación con Dios, con él mismo y con las otras personas del mundo. Cuando hacemos un examen analítico de estas condiciones actuales en la sociedad, se nos facilita mucho responder, reconociendo que algo definitivamente ha pasado con esa imagen de Dios.

Para los defensores del pensamiento arminiano, el pecado no destruye, y no anula la imagen de Dios en el hombre. La imagen divina está conectada con la esencia humana, y al hombre no le está permitido destruirla completamente. Por lo tanto, el pecado, desfigura la imagen de Dios en el hombre, la hiere, y le causa daño. Entonces podemos decir que, ya que el pecado es como una herida de la imagen de Dios en el hombre, hiere, y causa daño al hombre, en su dignidad, provocando división en su interior entre cuerpo y espíritu, entre su conocimiento y voluntad, entre su razón y las emociones; y en su relación con Dios, consigo mismo, con los demás, con el resto de la creación. Herido por el pecado, el hombre está necesitado de salvación. La mancha que el pecado imprimió en la Imago Dei, con sus consecuencias inevitables y negativas en la vida personal e interpersonal, es borrada por la obra redentora de Jesucristo.

A manera de resumen, sabemos que hubo daño en la imagen de Dios, porque vemos las evidencias en la conducta humana, no solamente ante sus semejantes, sino también en su interacción con la naturaleza, y el resto de la creación, en su búsqueda de hacer su voluntad, tratando por sus propios recursos de alcanzar aquello mismo que Dios le había ofrecido, pero sin considerar las pretensiones y requerimientos de Dios. El pecado original, ha dañado la imagen de Dios en el hombre, ocasionando su mayor efecto en el ámbito espiritual del mismo, provocando la depravación y la incapacidad total. El hombre ignora su llamado, su vocación para ser la imagen de Dios, y su deseo se inclinó hacia su intelecto, quería conocer el bien y el mal, buscando ser igual a Dios. Podemos concluir que el hombre, no fue capaz de mantener, ni tampoco de ejercer la imagen de Dios, por lo que después de haberla perdido, es Dios quien decide soberanamente otorgar al hombre una esperanza, manifestada en la salvación y por ende en la recuperación de la imagen de Dios, como meta.

Perspectiva Soteriológica

Según hemos venido entendiendo, a lo largo de este artículo, reconocemos que nuestro tema solo puede llevarnos a una correcta comprensión, si lo consideramos desde el punto de vista soteriológico. Es decir, en cuanto al tema de la creación del hombre como imagen de Dios, le acompaña el asunto de la caída del hombre, y la pérdida en consecuencia, de la Imago Dei; pero ante la desesperación del hombre y su incapacidad para recuperar la condición perdida, Dios por medio de su propia iniciativa, ha previsto salvación para el hombre.

Entendemos la soteriología, como el estudio de la salvación, el termino proviene del griego *sotería* (salvación) y *logos* (estudio de).

La comprensión soteriológica con el paso de los años ha sufrido cambios en cuanto a su implicación y alcance, por ejemplo al parecer en el siglo primero, la salvación centraba su enfoque en la divinización del hombre, mientras que en el siglo segundo, nos encontramos con una comprensión de la salvación como la redención objetiva del pecado, la cual era necesaria para afirmar la comunión con Dios y la participación en la gloria como expresión definitiva de la salvación.

A pesar de los cambios en la comprensión soteriológica, existe un hecho dogmático, con relación al tema de la salvación y es que la misma es entendida como un acto a futuro. La salvación es un hecho escatológico, que implica también la restauración de la Imago Dei en el hombre, a través del modelo de Jesucristo, quien es el primogénito y la imagen de Dios. Podemos decir, que la salvación es un evento que se debe entender en la dialéctica: ya pero todavía no. Todo hombre que ha creído en la obra redentora de Jesucristo, participará con él en la vida eterna, pero hemos entendido y hemos dicho que esa realización aun no ocurre, y se espera su consumación al final de los tiempos, es decir, a futuro.

Otro de los enfoques principales de la soteriología, es la justificación del pecador. Siempre manifestado en el sacrificio vicario de Jesucristo; el justo por el injusto, él pago el precio que la justicia divina exigía, la culpa y la condena recaen sobre él, y por medio de su sacrificio tomó el lugar que al hombre le correspondía, y después de haber satisfecho el pago de la pena, es capaz de

presentar al hombre justificado delante de Dios. Es importante reconocer que es Dios solamente el que justifica al hombre, en una obra transformadora del mismo Dios en su criatura.

En resumen, podemos definir que la soteriología, como estudio de la salvación expone los alcances de la misma, en el sentido de que su fin primordial, busca entender un proceso que implica la divinización del hombre, la redención del pecado, y por último la justificación del pecador. Trataremos de hacer una breve descripción de cada una de estas implicaciones.

Divinización del hombre: Como en el huerto del Edén, antes de la caída, la comunión personal con Dios representaba una identificación con él, participando en su propia vida. Debido a la caída, esta condición de comunión se perdió, por lo que la salvación se comprende como un regreso a esa comunión con la naturaleza divina.

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. 2ª Pedro 1:3-4

La divinización supone la superación del pecado, y la reconciliación con Dios por medio de Jesucristo, de manera que podemos ser incluidos en la comunión divina. El Espíritu Santo hace al creyente coparticipe de la naturaleza divina porque lo une al Hijo y al Padre. El amor de Dios es *deificante*, ya que le permite al hombre participar de la vida y comunión que Dios mismo vive. Hacemos un alto acá, para aclarar que este concepto deificante, no asume o entiende al hombre como un Dios, sino como partícipe de la naturaleza divina de Dios, y llamado a ella, sin que se pretenda una falsa concepción de su justa dimensión ante Dios. Insistimos en este aspecto, para que el hombre tome consciencia de su verdadera ubicación ante el creador. La divinización es un ofrecimiento divino, una vocación, un llamado a participar de esa vida divina, de forma inmerecida, por gracia y por voluntad e iniciativa única de Dios. El hombre, viene a Dios y está llamado a tener comunión con él, pero esta misma comunión alcanza la plenitud en el hombre como un regalo de Dios, ese don también es llamado: salvación; Emilio Justo, comenta al respecto:

Dios ha creado al hombre a su imagen y lo ha destinado a compartir su propia vida. Pero el pecado de Adán ha tenido como consecuencia la deformación de esa imagen y la pérdida de los dones de la incorruptibilidad y la inmortalidad con los que había sido bendecido. Por eso, la salvación pasa por la restauración de la semejanza del hombre con Dios, que realiza el Logos encarnado. (Justo, 2017, pág. 181)

Entendemos entonces que a partir de la caída, el hombre puede volver a obtener la restauración de la imagen de Dios, solamente que esta vez, su modelo es el Dios hecho hombre, el Verbo de Dios, es decir Jesucristo nuestro Señor.

Redención del pecado: La participación del hombre en la vida y comunión con Dios, solamente es posible, quitando de en medio, aquello que estorba dicha comunión, en otras palabras, es necesario la superación de ese abismo que ha separado a la criatura de su creador. La salvación, también implica la redención del pecado, para que sea factible la vivencia del amor de Dios y la participación del hombre en esa vida.

No obstante, Dios por su misma naturaleza, por su santidad y justicia, no puede permitir el desorden legal provocado por el pecado, por lo que es necesario que el pecado reciba la paga que le corresponde. El pecado representa una acción contraria a la voluntad de Dios, por lo que ese pecado debe ser satisfecho para que Dios reciba nuevamente la honra y el honor que merece. Aparece ante nosotros el concepto de la satisfacción del pecado, lo cual no representa otra cosa más que el castigo por el pecado.

El hombre pecó, y es responsable ante Dios, por lo tanto debe pagar. Debe satisfacer por el pecado, pero eso es imposible para él. La venida de Jesucristo a esta tierra, es una condición auténtica capaz de satisfacer por el pecado, porque siendo Dios puede dar la satisfacción requerida y siendo hombre puede realizar la satisfacción para que esta surta el efecto real de la redención. Solamente Jesucristo Dios-hombre es capaz de satisfacer el precio y la pena del pecado.

Justificación del pecador: A pesar que en este enunciado pareciera ubicar al hombre como el centro de atención, es necesario considerar que es Dios el que justifica al hombre, por lo tanto, solamente a partir del evento de la salvación, el hombre puede verse a sí mismo justificado, delimitando este evento como algo personal e intransferible.

Dios es el que justifica, no existe ningún argumento, o merito en el hombre que le permita alcanzar la justificación; la justicia de Dios ha justificado al hombre, es decir, Dios hace justos a los hombres no por lo que ellos hagan, sino de forma gratuita e inmerecida, y solamente por su gracia y misericordia.

La justificación sucede por medio de Jesucristo, quien otorga salvación al hombre, cargando con sus pecados y redimiéndole, de manera que esta justificación es también una justificación trasformadora, implica una santificación y una renovación del hombre interior, por obra de la gracia y los dones recibidos. El hombre ahora pasa de ser injusto, a ser justo, antes era enemigo de Dios, ahora es hecho amigo de Dios. Esta transformación también es una obra exclusiva de Dios, porque él es el sujeto de la justificación. La idea es fortalecida cuando leemos en la Escritura lo que el Apóstol dice a Tito:

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Tito 3:4-7

4.1 La respuesta de Dios

Como hemos dicho, el hombre como consecuencia de su desobediencia, y de su pecado, dio la espalda a Dios. Según el relato bíblico de Génesis, la reacción de Dios luego de este pecado, se manifiesta en la sentencia emitida y en la expulsión de Adán y Eva del huerto de Edén.

Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida. Génesis 3:22-24

Vemos la reacción de Dios, mostrando su disciplina enérgica y cancelando el acceso al huerto, anulando los beneficios implicados desde la creación. Es importante para nuestro estudio, recordar que la gracia divina ha sido un elemento presente desde la creación, y después de la caída.

Algunos escritores con von Rad, han encontrado en el relato de la caída, una muestra de gracia divina, demostrada en el momento en que Dios mismo confecciona ropa para Adán y Eva, haciendo alusión a un sacrificio, entendiendo que el uso de la piel de un animal tuvo que implicar la muerte de ese animal, y sugiriéndonos una “pascua edénica”, al presenciar el primer sacrificio realizado para cubrir el pecado, por supuesto como símbolo en el Antiguo Testamento del verdadero sacrificio vicario de Jesucristo, ante esto, Von Rad añade:

Existen dos versiones sobre el uso de los vestidos por la primera pareja humana: su origen se atribuye primero al instinto humano a protegerse, pero luego aparece como una disposición de la misericordia divina que no quiere dejar desnudos a quienes sentían vergüenza por su desnudez. Dios mismo cubrió las vergüenzas de los hombres, les dio con ello una nueva posibilidad de convivencia y al mismo tiempo instauró un elemento fundamental de la cultura humana. (Rad, 1969, pág. 211)

Lo interesante de este comentario, tiene que ser para nosotros la intervención de Dios, y su accionar al respecto, cuando viendo la condición del hombre y la mujer, decide cubrirlos de su vergüenza, de su temor, sabiendo que ese acto era necesario para la continuidad de su relación.

4.2 La condición del hombre

Con relación a la salvación ofrecida de forma gratuita al hombre, por medio de la fe en Jesucristo, la escritura enseña que es producto de la gracia otorgada por Dios. Sin embargo, nos encontramos ahora frente a una doctrina que a lo largo de la historia ha generado severas polémicas, con respecto a la posición del hombre, o su condición delante de Dios, y de esta gracia inmerecida.

La manera correcta de interpretar la condición del hombre, nos permite entender también de forma correcta la intención del plan de salvación. Como veremos más adelante, debido a la forma de entender al hombre, es que se han presentado diferencias en la concepción de la salvación, pero sobre todo en el entendimiento de la participación del hombre en su salvación, de tal manera que, mientras unos consideran al hombre capaz de responder a Dios por iniciativa propia, otras doctrinas entienden al hombre como un ser imposibilitado para acudir a su vocación divina.

A tal grado ha llegado el entendimiento de la posición del hombre, que en nuestros tiempos post modernos incluso, el humanismo ha buscado elevar la imagen del hombre sin necesidad de un Dios que lo interpele, dejando sin efecto la necesidad de salvación.

Existe una verdad, la cual no puede quedar ignorada: la salvación es de Dios. Proviene de él y es ofrecida al hombre sin que este haya hecho algún mérito para merecerla. Esta salvación es posible, únicamente por la fe en la obra redentora de Jesucristo el hijo de Dios.

La forma en que el hombre se visualiza ante esta verdad, determinará su pensamiento y su conducta. Este hombre no puede salir por sus propias fuerzas del pozo del pecado, de su naturaleza y del camino hacia su destino eterno, sus intentos de lograr esta empresa, resultarían tan absurdos como aquel que habiendo caído en una zanja, pretenda salir halándose él mismo de sus propios cabellos.

La Imago Dei en el hombre sufrió un daño severo a partir del pecado original ocurrido en la caída. Esa es la condición del hombre. El hombre ahora se encuentra fuera del huerto, ha perdido las bendiciones que eso representaba para él. Según, el Apóstol Pablo, por el pecado de un solo hombre, todos los hombres son considerados pecadores, y todos están apartados de Dios y han sido constituidos y declarados en franca enemistad con él.

En la comprensión de la condición del hombre, se tienen que considerar algunos aspectos que le afectan desde su exterior, y los cuales él no determina, uno de ellos es la gracia divina, por medio de la cual, él puede reconocer su condición y creer por fe en la obra redentora de Jesucristo, y la otra es la justificación, la cual el hombre recibe en consecuencia. Al respecto, el escritor Charles Ryrie, hace en el siguiente comentario, una aclaración entre la inocencia y la declaración de inocente:

La justificación no hace que una persona se vuelva inocente, sino que es la declaración de que no es culpable delante de Dios. En forma positiva, significa que la persona es justa ante el Señor. No quiere decir que él la haga justa, sino que decreta que lo es. (Ryrie, 1990, pág. 157)

Solamente mediante el decreto divino de la justificación, resultado de la redención de sus pecados, el hombre puede sentirse a salvo y seguro, creyendo y confiando en el poder que resucitó de los muertos a Jesucristo. Es posible para el hombre tener una esperanza, su condición puede cambiar, por el plan de salvación presentado por Dios.

Sin embargo, es necesario para el hombre acudir a ese llamado, implicado en el plan de salvación, por medio del arrepentimiento, el cual no es otra cosa más que el cambio de parecer, un cambio que debe ser genuino y verdadero, de ninguna manera superficial. El arrepentimiento es una actitud que está íntimamente ligada con la fe.

Desde la perspectiva divina, la condición del hombre se encuentra rodeada de manera interna y externa, de elementos, tales como la gracia, la redención de pecados, la justificación, el arrepentimiento, elementos que lo pueden conducir a futuro, hacia una salvación escatológica prevista por Dios, y ofrecida al hombre por fe. Desde la perspectiva humana, el panorama se desarrolla en una atmosfera de pecado y muerte, así como vergüenza y temor, a consecuencia del daño ocasionado en la Imago Dei. Aquí radica la importancia y relevancia del plan de salvación.

4.3 El plan de salvación

Dios en su infinita misericordia, por su gracia divina, elaboro un plan de salvación, con la intención de restaurar la comunión con el hombre, salvarlo de su condición de miseria, muerte, vergüenza y miedo, para que en un futuro, pueda recuperar la imagen de Dios que perdió como fruto de su desobediencia.

La salvación es gratuita, por gracia y por fe. Es una iniciativa de Dios. Él presenta su plan de salvación para que nadie se pierda, y todos procedan al arrepentimiento. Sin embargo, a razón de nuestro estudio es necesario que analicemos como se ha entendido el plan de salvación, dentro del pensamiento tradicional de la iglesia Católica, así también como dentro de la iglesia Protestante. En esta última destacan dos líneas de pensamientos, presentadas por sus expositores Juan Calvino y Jacobo Arminio.

Inicialmente, vemos que la iglesia católica, sostiene que la salvación se obtiene por medio de la fe en la obra redentora y el sacrificio vicario de Jesucristo, pero ellos entienden que esta salvación ha de ser suministrada por la iglesia a los fieles, a través de los llamados sacramentos, estos están asociados con las etapas de crecimiento y desarrollo del ser humano, y considerados como vitales para la materialización de la salvación, en el cumplimiento de los mismos. Según se pudo obtener información de la página web, catholic.net, entendemos que la iglesia Católica, se apega a las doctrinas de la Escritura, a las tradiciones apostólicas y al pensamiento unánime de los Padres de la iglesia, para profesar que todos los sacramentos fueron instituidos por el Señor Jesucristo. Los sacramentos aceptados por la iglesia Católica son siete, a saber:

1. Bautismo
2. Confirmación
3. Eucaristía
4. Confesión
5. Matrimonio
6. Sacerdocio
7. Unción de enfermos y santos oleos.

Por medio del cumplimiento, sometimiento y observación de los sacramentos, suministrados por la iglesia, el hombre puede acceder a la salvación que proviene de la fe en Jesucristo, como hijo de Dios.

Para la iglesia Católica, los sacramentos pertenecen a las cosas esenciales de la fe cristiana, por lo tanto, no se puede prescindir de ellos. Ninguno de ellos ha sido instituido por la Iglesia, pero si están bajo su control. Sólo la iglesia puede establecer normas sobre cómo se han de administrar, y se observan dos afirmaciones relevantes:

- i. Todos los sacramentos obran en virtud del rito establecido por Jesucristo: su validez no depende del estado de gracia del ministro. Pero su eficacia sí depende del estado espiritual de la persona que lo recibe, por ejemplo: comulgar digna o indignamente (1^a. Corintios 11:27). En cada sacramento hay un ministro que lo administra y una persona que lo recibe. Estos ministros pueden ser ordinarios y extraordinarios, según sea administrado en

circunstancias normales o especiales. Normalmente, el ministro para el bautismo es un obispo, el sacerdote o un diácono; también extraordinariamente puede ser administrado por cualquier persona, incluso un ateo, con tal de que tenga intención de hacer lo que hace la Iglesia.

- ii. Todos los sacramentos confieren la llamada *Gracia Santificante*, sin embargo, el bautismo, la confirmación y el sacerdocio, confieren adicionalmente carácter, es decir una marca o sello imborrable.

Adicionalmente, la doctrina católica, enseña que los sacramentos en conjunto e individualmente, son signos sensibles y eficaces de la gracia divina, que fueron instituidos por Jesucristo con la intención de santificar y purificar las almas.

En relación a que son signos sensibles, asumen que cuando Jesucristo instituyó cada sacramento no eligió una realidad material cualquiera, sino aquella que, en el plano natural sirve para un fin similar al que Dios quiere producir en el plano sobrenatural. Por ejemplo, el agua está relacionada con la vida, y sirve para limpiar. Por esa razón escogió el agua para el bautismo, porque en el bautismo se recibe la vida divina y se limpia la mancha del pecado original. En la Eucaristía, Él Señor quiso entregarse el mismo como alimento espiritual para el alma, por eso eligió el pan. Al elemento material, es decir, el agua, el pan, y el aceite, se les llama “*materia del sacramento*” y las palabras que aclaran el sentido de lo que el ministro hace o da, se llaman “*forma*”. Como ejemplo, vemos las palabras: “*Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo*”, se está refiriendo “*al Cuerpo de Cristo*”.

En relación a que son eficaces, la iglesia Católica, según el sitio web catholic.net, entiende que en cada sacramento se obtiene una gracia distinta y que esta tiene una eficacia especial, llamada “*gracia sacramental*”. Entonces, uno es el efecto del bautismo, el cual es, borrar el pecado original, haciendo al hombre hijo de Dios y miembro de la Iglesia; otra es la de la penitencia, la cual es devolver la gracia o incrementarla; otra posee la eucaristía, que sería, el ser alimento espiritual, permitiendo la unión del hombre con Jesucristo, otra la que posee la confirmación, que es otorgar la plenitud del Espíritu Santo; el matrimonio, es capacitar a la pareja, hombre y mujer, para amarse y cumplir su misión; el orden sacerdotal, que busca hacer del ordenado “*otro Cristo*” y capacitarle

para su misión sacerdotal; y por último, otra de la unción de los enfermos, lo cual es básicamente asistir al enfermo en el duro paso de la enfermedad y otorgarle el perdón de los pecados. De esta manera, Dios nos asiste en cada momento importante de la vida con la gracia de un sacramento.

Por otra parte, a consecuencia de la Reforma, los postulados y doctrinas adoptados por la iglesia protestante, comienzan a tomar caminos separados, implementando por medio del estudio de los teólogos un orden para la salvación, conocido como “*ordo salutis*”, para identificar de que manera la Escritura afirma que el hombre puede llegar a ser salvo. Debemos reconocer, que en ambas iglesias, la condición determinante para la salvación es la fe en Jesucristo como hijo de Dios, en su obra y en su sacrificio y en su resurrección.

Al parecer, el término fue introducido por un estudioso luterano, de nombre Jacob Karpov, quien la incluyó y aplicó en el uso teológico, más o menos en el año 1,737. Sin embargo, la doctrina del orden de la salvación (*ordo salutis*), se entiende que es mucho más antigua. Explícitamente, veremos que existe una gran y amplia divergencia entre los puntos de vista católico y reformado en conexión con esta doctrina, aunque ambos concuerdan en que no puede haber salvación fuera de la obra de Jesucristo, la iglesia Católica Romana enseña que es ella y solamente ella, la dispensadora nombrada por Dios para impartir la gracia salvadora por medio de los sacramentos, los cuales, por sí mismos, conceden gracia a todos aquellos que los reciben. Las etapas del *ordo salutis* católico están marcadas como vimos por sus sacramentos.

Pero, no solamente existe divergencia, entre la percepción del orden de la salvación, entre la iglesia Católica y la Protestante, también llamada iglesia Reformada. Sino que dentro de la misma iglesia Protestante, surgen dos importantes posturas, una expuesta por Juan Calvino, y la otra en contraposición expuesta por Jacobo Arminio.

El orden de la salvación como hemos visto se centra en el proceso de salvación y el orden lógico de ese proceso. La principal diferencia entre el orden calvinista y el orden arminiano, tiene que ver con la doctrina relacionada con la fe y la regeneración, en otras palabras la restauración de la imagen de Dios en el hombre, por medio de la imagen escatológica de Jesucristo.

Básicamente, la fe no forma parte de la salvación en el orden arminiano, ya que dicho aspecto, es la condición que se cumple antes del acto de salvación de Dios. Todo lo que sigue a la fe en el orden arminiano es la salvación, mientras que en el orden calvinista, la fe es el resultado de la salvación.

4.3.1 Jacobo Arminio

Jacobo Arminio (1560 – 1609), es conocido como el fundador de una escuela protestante considerada anti – Calvinista. Se dice que en el año 1589, a Arminio le correspondía defender la doctrina calvinista de la predestinación contra algunos detractores, sin embargo, Arminio concluyó que el punto de vista calvinista era insostenible, por lo que tomó la decisión de introducir modificaciones al mismo. La teología arminiana fue plenamente desarrollada después de su muerte, a partir del año 1610, por los primeros seguidores holandeses de Arminio, quienes como resultado de sus estudios, elaboraron un documento de cinco puntos de divergencia con el calvinismo clásico, titulado *Remonstrants*, que quiere decir, memorial o pliego de protesta. Estos puntos fueron tomados y estudiados por los seguidores de Calvino quienes finalmente tomaron la decisión de refutarlos, con la presentación de 5 puntos que llegaron a llamarse: los cinco puntos del calvinismo: más adelante esos puntos llegaron a ser una base para las denominaciones reformadas con las cuales se marcaban diferencias y se separaban de las denominaciones de origen arminianas, formándose e instituyéndose en denominaciones con doctrina calvinista.

Para la teología arminiana, el orden de la salvación es:

1. Llamamiento
2. Fe
3. Arrepentimiento
4. Regeneración
5. Justificación
6. Perseverancia
7. Glorificación

El llamamiento según el pensamiento arminiano, se produce en un ambiente de *gracia preveniente*, la cual es una gracia que precede a la fe. Para el arminiano, tanto la gracia como la fe, no forman parte de la salvación, aunque si son elementales e indispensables para la salvación, en el sentido que la gracia hace posible la respuesta de fe, y la fe es la única condición que debe ser cumplida para que Dios, a partir de ella, salve al hombre. La fe es una respuesta genuina, la cual es posible por medio de la gracia capacitadora de Dios. La fe no causa la salvación, sino que es Dios quien otorga la salvación en respuesta a la fe y en cumplimiento de su promesa de salvar a todos los que creen.

La adopción, es un aspecto o expresión de salvación que no se encuentra incluido explícitamente en el orden arminiano expuesto, sin embargo, el desarrollo del pensamiento entiende que la adopción se incluiría tanto en la regeneración como en la glorificación, a manera de un proceso. En la regeneración se incluiría el comienzo de la adopción mientras que con la glorificación llegará la culminación de la adopción.

Con respecto a la elección, el arminiano enseña que, la misma estaría ligada a la unión del hombre con Cristo. El ser humano pasa a ser el elegido de Dios como consecuencia de la unión con Cristo, quien es el elegido, por lo tanto, el hombre llegaría a participar en su elección a través de la unión y la identificación con Jesucristo. La fe une al hombre con Jesucristo.

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria. Efesios 1:13.

De manera que todas las bendiciones espirituales que residen en Cristo se convierten en las bendiciones de los creyentes, cuando se unen con Él

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él. En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad. Efesios 1: 35.

Estas bendiciones serían simultáneamente atribuidas y propias del ser humano, pero para el pensamiento arminiano es importante colocar la justificación antes que la regeneración y todo lo demás que sigue, entendiendo que primero se debe recibir el perdón y el pecado debe ser removido antes de la recepción de la vida nueva y la obtención de la santidad, es decir la santificación.

El ser humano no puede tener vida mientras todavía está bajo la condenación del pecado y la ira de Dios porque “la paga del pecado es muerte”. El hombre no puede ser santificado sino ha sido antes justificado. Así que, en el momento en que el ser humano está unido a Cristo, es purificado por su sangre, en consecuencia la vida nueva y la santidad surgen como fruto y resultado de esa purificación.

A partir de esta perspectiva soteriológica, la predestinación según Arminio, se refiere al destino predeterminado de los creyentes a través de la unión con Cristo. Los creyentes han sido predestinados para la adopción final y para la conformidad con la imagen de Cristo, entendida como la glorificación. La predestinación no hace referencia a la predeterminación de Dios para que ciertos pecadores se conviertan en creyentes y luego ser finalmente salvados.

Como fue dicho al inicio, el pensamiento arminiano aparece históricamente primero, como una protesta a las doctrinas de salvación del pensamiento calvinista, expresados en cinco puntos básicos, detallados a continuación:

- i. Libre albedrío, o capacidad humana: Este punto enseña a cerca de la voluntad y habilidad humana, es decir que el hombre, aunque fue afectado por el pecado de Adán, en la caída, tiene la capacidad espiritual de decidir y escoger el bien espiritual, y es capaz de poner en práctica la fe en Dios, con la finalidad de aceptar el mensaje del Evangelio, y de ese modo alcanzar la salvación para sí mismo. A pesar que la naturaleza fue seriamente afectada por la caída, el hombre no fue dejado en estado de total abandono espiritual. Dios por medio de la gracia, capacita a todo ser humano pecador para que se arrepienta y crea, pero no interfiere con la libertad del hombre. El hombre pecador posee una voluntad libre, y su destino eterno depende de cómo lo use, es una libre decisión. La libertad del hombre consiste en su habilidad para, entender, analizar, decidir y escoger el bien sobre el mal en los asuntos espirituales; su voluntad no es esclava a la naturaleza pecaminosa. El pecador

tiene el poder para participar y cooperar con el Espíritu de Dios, para ser regenerado o resistir la gracia de Dios y en consecuencia perecer. El pecador perdido necesita la asistencia del Espíritu, pero no tiene que ser regenerado por el Espíritu antes que él pueda creer, pues la fe es un acto del hombre que antecede al nuevo nacimiento. La fe es la respuesta del hombre hacia Dios; es la contribución del hombre para su salvación.

- ii. Elección condicional: La elección de Dios de ciertos individuos para salvación antes de la fundación del mundo fue basada en que, Él anticipó que esos hombres responderían a su llamado. Este punto enseña que Dios puso su mano sobre todos aquellos individuos que sabía, o preveía, que iban a responder al mensaje del Evangelio. Dios eligió a aquellas personas que él vio que querían ser salvadas por medio de su libre albedrío, sin importar su estado natural caído. Fue la fe lo que Dios previó y sobre ella fundamentó su decisión, esta no fue dada al pecador por Dios, sino que resultó solamente de la voluntad del hombre. Por lo que se entiende que la causa final de la salvación, radica en la decisión del pecador por Cristo, y no la decisión de Dios por el pecador.
- iii. Redención universal, o expiación general: Este punto enseña que Jesucristo murió para salvar a todos los hombres; pero solamente de un modo potencial. El sacrificio de Jesucristo hizo posible que Dios perdonará a todos los pecadores, pero solamente se salvarán los que creen. La obra redentora de Jesucristo hizo posible que todo el mundo fuera salvo, pero no aseguró la salvación de ninguno. Si bien es cierto que Jesucristo murió por todos y cada uno de los hombres, solamente aquellos que creen en él son salvos. La redención de Cristo se hace efectiva solamente si el hombre escoge aceptarla.
- iv. El Espíritu Santo puede ser efectivamente resistido: En otras palabras, la obra del Espíritu Santo en la regeneración está limitada por la voluntad humana; este punto enseña que el Espíritu Santo, cuando empieza la obra de atraer a una persona a Jesucristo, puede ser resistido eficazmente por el hombre y de esta manera sus propósitos pueden quedar frustrados, por lo tanto no podrá impartir vida, a menos que el pecador quisiera consciente y voluntariamente que esta vida le sea impartida. El Espíritu Santo llama internamente a

todos aquellos que no son llamados externamente por la invitación del Evangelio; Él hace todo lo que puede por traer al pecador a la salvación. Pero considerando que el hombre es libre, este puede resistir con éxito e ignorar la llamada del Espíritu Santo. El Espíritu no puede regenerar al pecador hasta que este crea; la fe procede y hace posible el nuevo nacimiento. De esta forma, la voluntad libre del hombre limita al Espíritu Santo en la aplicación de la obra salvadora de Cristo. El Espíritu Santo solo puede atraer a Cristo a quienes le permiten. Hasta que el pecador responda, el Espíritu Santo no puede dar vida. La gracia de Dios no es irresistible, puede, y a menudo es vencida y trastornada por la voluntad del hombre.

- v. La caída de la gracia: este punto enseña que un hombre salvo, podría definitivamente perder la salvación. Esto sería el resultado lógico y natural de sus decisiones. Es decir, que el hombre debe tomar la iniciativa en su salvación, ya que es él quien debe retener la responsabilidad del resultado final. El hombre decide si se salva, creyendo en Dios, o se pierde, ignorando su llamado. Entonces aquellos que creen y son verdaderamente salvos pueden perder su salvación por fallar en mantener su fe.

El pensamiento arminiano enseña que la destitución de Dios por causa de la rebelión del hombre es posible a pesar de que este, haya sido parte de su institución. La posición arminiana comienza su estudio desde la perdición y separación de Dios, a partir de la caída de Lucifer. Habiendo sido él un querubín, ocupando el más alto rango angelical, y habiendo sido puesto sobre los ángeles creados, llegando a conocer a Dios íntimamente, y habiendo sido parte de su reino por milenios, no obstante y sin importar nada de lo anterior, decide por su libre albedrío revelarse contra el Creador.

El argumento más poderoso del arminianismo, sin duda es el siguiente: si los hombres ya estaban predeterminados para ser salvos, en un número determinado de seres humanos, la venida de Jesús, el Hijo de Dios no debió haber sido necesaria. Todos fuimos predeterminados para salvación, es decir, con el objetivo de ser salvos, pero eso no quiere decir que necesariamente todos seremos salvos, porque aunque Dios nos predestino para salvación, también nos dio libertad para salvarnos

o perdernos por la acción y determinación del libre albedrío. Cuando el arminiano quiere responder a la cuestión sobre: ¿Existen personas que nacen condenadas al tormento eterno, incluso si se arrepienten y aceptan lo que hizo Jesús en la cruz? Llega a la conclusión que eso no armonizaría con el carácter de Dios, pues él dice: A los cielos y a la tierra llamó por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante de la vida y la muerte, la bendición y la maldición; “escoge”, pues la vida, para que vivas tú y tu descendencia. Por lo tanto, es permitido suponer que en el hombre radica toda la responsabilidad de sus decisiones, incluidas la decisión sobre su destino eterno.

Entre las denominaciones arminianas se encuentran algunas iglesias pentecostales y metodistas, la iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular; los adventistas del séptimo día; las iglesias de Cristo; Las Asambleas de Dios, y otros movimientos de orden restauracionista. También muchos anglicanos y la iglesia Católica Romana creen en la libertad de la voluntad humana y que toda persona tiene la posibilidad de recibir la salvación, así mismo, que una vez que la persona recibe salvación, también la puede perder.

Es importante hacer notar que cuando se habla de perder la salvación, no se está implicando que es Dios quien la arrebató nuevamente después de haberla otorgado en Jesucristo, sino que es el mismo hombre quien la desecha una vez que rompe su relación, comunión y comunicación con Dios por culpa del pecado.

En resumen, sabemos que el pensamiento arminiano enseña que la depravación es parcial; la salvación es condicional, la expiación es general; la gracia es resistible, así como la obra del Espíritu Santo, porque está determinada por la voluntad del hombre, la gracia resistible sostiene que Dios llama a todos a la salvación, pero es evidente que mucha gente resiste y rechaza este llamado.

4.3.2 Juan Calvino

Juan Calvino (1509 – 1564), es considerado uno de los padres de la Reforma Protestante, su estudio teológico no solamente se limitó a la investigación, enseñanza y predicación, sino que también incursiono en el ámbito político, ejerciendo el poder bajo los preceptos de su teología, la cual con el paso de los años ha sido conocida como calvinismo.

Con relación al tema de la salvación, según vimos, los partidarios de las enseñanzas calvinistas, reaccionaron ante la presentación de los arminianos y sus discrepancias, presentando ellos también, sus respuestas en cinco puntos que resumen la idea calvinista.

Para la teología calvinista, el orden de la salvación es:

1. Elección
2. Predestinación
3. Llamamiento
4. Regeneración
5. Fe
6. Arrepentimiento
7. Justificación
8. Santificación
9. Glorificación

El orden de la salvación calvinista da inicio con la elección divina incondicional de ciertos individuos, destinados para la salvación. Esta preselección divina de aquellos hombres, para ser salvados está enmarcada bajo la enseñanza de la elección y la predestinación. Dios entonces regeneraría a esos individuos preseleccionados en algún momento, como consecuencia de escuchar el mensaje del Evangelio. La regeneración provocaría una respuesta de fe inmediata. En el momento en que el hombre es regenerado por Dios, esa persona cree. Los calvinistas tienden a hablar de la fe como un don incondicional e irresistible de Dios y no tanto como la condición para recibir la salvación. Ya que consideran que la fe surge como resultado primario de la salvación y la regeneración. Para el pensamiento calvinista, en relación a la predestinación, la salvación es un

evento que empezó aun antes de que el mundo existiera. De tal manera que Dios escogió a los suyos en Jesucristo antes de la fundación del mundo. La única razón para hacer esto, está centrada en su gracia pura. Él escogió a algunas personas para salvarlas, y esto no por algún mérito de ellas, sino solamente debido a su soberanía y su voluntad.

En un momento determinado de la historia, Dios hace un llamamiento, y de esa forma aplicó su gracia de manera eficaz al corazón de los suyos. Llamó a su pueblo por medio de la obra del Espíritu Santo, abriendo sus corazones para que estuviesen atentos a la predicación de la palabra de Dios. La regeneración es una obra soberana de Dios, efectuado por su poder divino, es un acto de Dios por el cual se implanta un principio de vida nueva en el ser humano, dando como resultado de que la disposición del alma se torna santa y apartada para la vida de Dios. El Señor simultáneamente le concede al hombre una nueva naturaleza. Se trata de un nuevo nacimiento por el poder de Dios. Gracias a la regeneración, los impíos ahora pueden colocar su fe en Jesucristo y arrepentirse de todo pecado, lo cual le era imposible al ser humano debido a su naturaleza caída.

Para el calvinismo, la fe es la primera señal del nuevo nacimiento, es fe que nace en el alma, fe salvadora. Es una fe que le cree a Dios y a su Cristo. Esta clase de fe salvadora es un regalo celestial, concedida por el creador, para que de esta manera nadie pueda jactarse de nada que no sea la gracia de Dios. La fe y el arrepentimiento pueden ser mejor entendidos, si los comparamos con los dos lados de una moneda, en esta caso de la conversión. Por un parte la fe es positiva en el sentido de que hace que el hombre regrese a Dios; mientras que el arrepentimiento es negativo porque motiva al hombre y este se aparta del pecado. De manera que todo el que se arrepiente de verdad siente vergüenza y dolor por su pecado, entiende y confiesa su iniquidad, lucha por transformar su vida tanto en su interior y como en lo que esta visible.

Un pecador es declarado justo delante de Dios solo por la fe en la persona y la obra de Cristo solamente, sin ningún mérito u obra personal, esta es conocida como la doctrina de la justificación solo por fe. Una vez que la fe ha nacido en el corazón del creyente, Dios le justifica legalmente. Debido a que Dios ha decretado su estado como justo en base a la obra impecable del Señor Jesucristo, no hay más condenación para el creyente. Está muerto a la ley de Dios, en todo el sentido legal de la palabra. Es imposible que perezca porque Jesucristo pagó la deuda de todos aquellos

que son de la familia de la fe. La santificación del creyente da inicio en el momento de la regeneración; sin embargo, no se debe perder de vista que es considerado como un proceso que acompaña al creyente hasta su muerte terrenal. Es mediante la santificación, que el hombre como hijo de Dios se va haciendo cada vez más y más semejante a la imagen de Dios y alejándose del pecado.

Este proceso de santificación del creyente se completará y llegará a su máxima expresión el día de la glorificación. Esta servirá para que el nombre del Dios sea exaltado eternamente. Entonces, habrá sido posible para el hombre recuperar la imagen de Dios perdida en la caída, cuando el creyente haya llegado a ser la imagen de Cristo, a la estatura del varón perfecto.

Con relación al orden de la salvación, han existido algunas dificultades, o conflictos, que tienen que ver con la prioridad asignada a la regeneración, entendido como el nuevo nacimiento. Según la lógica calvinista, el nuevo nacimiento precede a la justificación, también precede a la fe, cuando en la Biblia leemos claramente que la justificación viene por la fe. De acuerdo a esta lógica, pudiera existir personas recibiendo la vida nueva antes de haber sido justificados. Dando por sentado que la justificación incluye el perdón y la eliminación de la ira de Dios, el *ordo salutis* calvinista estaría atribuyendo el recibimiento de la vida antes de ser perdonado y antes de que la ira de Dios sea removida.

Otro detalle a considerar, aparece al intentar colocar la adopción en el orden de salvación calvinista. Si lo colocamos en el nuevo nacimiento, también estaríamos ante la posible conversión de una persona en un hijo de Dios antes de ser perdonado y justificado. En respuesta, puede ser que sea factible considerar que la adopción deba ser enseñada e incluida dentro de la regeneración.

La ubicación de la santificación también surge, como digna de estudio y consideración, cuando se analiza el orden de salvación calvinista. Para muchos calvinistas la regeneración es el comienzo de la santificación. Pero si ese es el caso, entonces el calvinista también necesita explicar cómo puede un ser humano, estar santificado antes de ser justificado.

Estos conflictos pueden ser aclarados, al examinar detalladamente los cinco puntos profesados por el calvinismo. Según sabemos, por la historia, este pensamiento teológico fue reafirmado por el Sínodo de Dort en 1619 por habersele reconocido como la doctrina de la salvación contenida en las Sagradas Escrituras. El sistema fue entonces formulado en cinco puntos, como una respuesta a los cinco puntos sometidos por los arminianos, y desde aquel entonces han sido conocidos como: los cinco puntos del calvinismo, estos en algunas ocasiones han sido presentados en forma de acróstico, con la palabra TULIP, tomado del idioma inglés. Solamente con observar los títulos se llega fácilmente a la conclusión que dichos puntos se encuentran en completa oposición a los cinco puntos presentados por el pensamiento arminiano; y estos son:

- i. **Total Depravity (Depravación total).** Este sistema de pensamiento comienza con una valoración especial acerca de la condición espiritual del ser humano que ha de ser salvo. Debido a la caída, el hombre pecador es incapaz de creer en el mensaje del evangelio y entonces, ser salvo, debido a que está muerto, ciego y sordo al llamado de Dios; su corazón es engañoso y perverso en gran manera. Su voluntad no es libre, sino que está esclavizada a su naturaleza pecaminosa; por lo tanto, no quiere, en realidad no puede escoger el bien y rechazar el mal en lo que respecta a las cosas espirituales. La obra y la ayuda del Espíritu, por consiguiente, no es suficiente para atraer al pecador hacia Cristo, sino que es absolutamente necesaria la regeneración en virtud de la cual el Espíritu Santo imparte vida y una nueva naturaleza al pecador. La fe no es algo con lo cual el hombre contribuye a su salvación sino que es en sí una parte del don de la salvación, es el don de Dios al pecador, no el don del pecador a Dios.

Un concepto equivocado acerca de la corrupción de la naturaleza humana, traerá siempre equivocaciones a la hora de presentar el plan de salvación, como respuesta de Dios para el hombre y su condición.

La personalidad completa del hombre ha sido afectada como consecuencia de la caída, por lo que el pecado se extendió a todas sus competencias y facultades, es decir, a su voluntad, la mente, y las emociones.

La escritura enseña que el hombre está muerto, que es esclavo del pecado, está ciego y sordo, además carece de entendimiento espiritual, por lo que le es imposible participar o contribuir en el asunto de su salvación.

- ii. **Unconditional election (Elección incondicional).** Este punto se desprende en forma natural y lógica de la doctrina de la depravación total. Si el hombre está muerto, cautivo, ciego, sordo, sin entendimiento espiritual e inclinado naturalmente al pecado, entonces, el remedio para solucionar esta condición, debe encontrarse fuera del hombre, esto es posible solamente en Dios.

Ante el hecho de que muchos hombres y mujeres no han nacido de nuevo, y si el hombre es incapaz de salvarse a sí mismo, ya que la caída representó una caída total; y si solamente Dios puede salvar, y no todos han sido salvados, entonces se llega a la conclusión que debe ser que Dios no ha elegido salvarlos a todos.

Bíblicamente es posible encontrar varios pasajes que alimentan esta doctrina, en el sentido, de la elección de Dios, con sus implicaciones, por ejemplo y para mencionar algunos, podemos recordar el caso de Caín y de Abel, en donde Dios vio con agrado a uno de los dos; de la misma manera Dios eligió salvar a Noé y su familia; escogió a Moisés y no a Aarón; amó a Jacob y aborreció a Esaú; apartó a David de entre sus hermanos, y así como estos casos, encontramos muchos ejemplos que sustentan esta verdad. Sin considerar o tomar en cuenta ninguna acción, buena o mala, Dios apartó y escogió a algunos para que fueran sus elegidos. El hecho que Dios haya escogido a ciertos individuos para salvación antes de la fundación del mundo se debe únicamente a su voluntad soberana. Esta elección de ciertos pecadores no está basada en un conocimiento previo que tenga que ver con una respuesta o acto de obediencia, como lo serían la fe y el arrepentimiento por parte de los hombres. Sino al contrario, Dios es el que da la fe y el arrepentimiento a cada persona elegida. Estas obras son el resultado, no la causa de elección divina. La elección, por lo tanto, no está determinada ni condicionada por alguna virtud, o por alguna obra meritoria encontrada por Dios en el hombre. Aquellos a quienes Dios ha elegido en su soberanía son movidos por el Espíritu Santo para aceptar a Cristo. Entonces, la causa fundamental de la

salvación no es la decisión del hombre de aceptar a Cristo, sino la elección del pecador hecha por Dios.

- iii. **Limited Atonement (Redención Limitada o Particular).** Este tema representa el tema central de los cinco puntos y también una verdad vital dentro del mensaje del Evangelio. Este punto enseña que Cristo murió positiva y eficazmente para salvar a un determinado número de pecadores, sobre los cuales Dios ya había puesto su libre y soberano amor al elegirlos.

La obra redentora de Cristo tuvo como propósito salvar a los elegidos únicamente y, es de esa manera que aseguró la salvación de ellos. En su sacrificio Cristo sufrió como sustituto por el pecado de los elegidos especial y particularmente. Además de borrar los pecados de ellos, la redención proveyó todo lo necesario para lograr su salvación, inclusive la fe que los une a él. El don de la fe es impartido sin falla por el Espíritu Santo a todos por quienes Cristo murió, garantizando así la salvación de cada uno de ellos. Por medio de esta doctrina, se pretende dar respuesta a las preguntas: ¿Tuvo Dios la intención de salvar a todos los hombres, o no? ¿La deuda de quien pago Jesucristo, la del mundo, o la de los elegidos? Si un hombre ha sido rescatado por un redentor, entonces la ley que él ha quebrantado debe quedar satisfecha, en razón de la obra o del pago que el fiador hizo en su beneficio.

- iv. **Irresistible Calling (Llamamiento eficaz o irresistible).** Este punto, también es el resultado lógico y secuencial de los anteriores. Si los hombres son incapaces de salvarse por sus propios medios debido a su naturaleza caída, y si Dios se ha propuesto salvarlos, y Cristo ha consumado la salvación para ellos, ahora se deduce que Dios también ha de proveer los medios para llamarles a los beneficios que la salvación representa, y que han sido recuperados para ellos.

Además del llamamiento general a la salvación enviado a todos los que escuchan el mensaje del Evangelio, el Espíritu Santo hace a todos los elegidos un llamamiento especial, de forma interna, el cual inevitablemente les conduce a la salvación. El llamamiento general, hecho a todos sin distinción, puede ser, y a menudo es, rechazado; mientras que el llamamiento especial, interno, es hecho solamente a los elegidos y estos no puede ser rechazarlo, sino que siempre termina con la conversión de ellos. Mediante este llamamiento el Espíritu

Santo atrae irresistiblemente a los pecadores a Cristo, ya que no está determinado ni mucho menos limitado por la voluntad del hombre en su obra salvadora ni depende del hombre para lograr su propósito. El Espíritu Santo provoca al pecador elegido a responder, a reaccionar, a creer, a arrepentirse, y a venir a Cristo espontánea y voluntariamente. De esta manera, la gracia de Dios es invencible; siempre concluye en la salvación de aquellos hombres a quienes se les brinda. Este llamado no puede ser frustrado porque representa la manifestación de la gracia irresistible de Dios.

- v. Perseverance of the Saints (Perseverancia de los Santos). Este último punto hace referencia a los santos, pensando en los verdaderos creyentes. Estos no pueden caer, ni parcial ni totalmente del estado de gracia, sino que ellos permanecerán firmes hasta el fin, y serán salvos por la eternidad, puesto que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables.

Todos los hombres escogidos por Dios, salvos y redimidos en Cristo, y a quienes el Espíritu Santo les ha impartido fe, son eternamente salvos y perseveran hasta el fin, es decir, hasta la consumación de su glorificación, ya que son preservados en su fe por el poder de Dios Todopoderoso.

Si el hombre no puede salvarse a sí mismo, entonces Dios debe salvarlo; si no todos los hombres serán salvos, entonces Dios no ha previsto salvar a todos; Si Cristo ha cumplido la satisfacción por los pecados, entonces esa expiación cubre los pecados de aquellos que han sido elegidos para ser salvos. Si Dios habiendo decretado salvar, por medio de la muerte de Jesucristo, habiendo llamado a la salvación a los hombres que eran incapaces de salvarse por sus propias fuerzas, entonces el mismo Dios guardará y preservará a aquellos que ha salvado hasta la vida eterna, para la gloria de su nombre.

La salvación es efectuada por la omnipotencia de Dios. Dios Padre escogió a un pueblo, el Hijo murió por él, y el Espíritu Santo hace efectiva la muerte de Jesucristo conduciendo a sus elegidos hacia la fe y arrepentimiento y para que obedezcan voluntariamente al evangelio. El proceso completo, es decir: elección, redención, regeneración, es obra exclusiva de Dios y es posible

únicamente por medio de la gracia. Es Dios, y no el hombre, quien determina quienes serán los que recibirán el regalo de la salvación.

Lejos de ser una formulación humana, estas enseñanzas representan de forma clara y bien formulada, la doctrina de la salvación expuesta en la Escritura.

4.4 La restauración de la Imago Dei

La misericordia es Dios, manifestada en su gracia, estableció para los hombres un camino que les permitiera volver al plan original de la creación. Si bien es cierto, el hombre erró en su objetivo de mantener, ejercer y cuidar la imagen de Dios en la que fue creado, también es cierto que por medio del plan de salvación, es posible la restauración de la Imago Dei.

Esta restauración tiene un carácter escatológico, destinado al fin de los tiempos, y consumada en la perfección que representa Jesucristo como la imagen de Dios. El principio el hombre fue llamado a ser la imagen de Dios, pero después de su victoria sobre el pecado y la muerte, el hombre es llamado a ser la imagen Cristo.

Jesucristo es ahora el modelo del hombre, en contrapartida del Adán caído. Durante muchos años, en la antigüedad se consideró que el método correcto para estudiar a Jesucristo como hombre era analizando su naturaleza humana, atribuyéndole todas las cualidades que le pertenecen como ser humano, con excepción del pecado. Sin embargo, el método correcto funciona totalmente a la inversa, el cual sería indagar en la Escritura el carácter de Jesucristo como hombre, hombre perfecto, hombre por excelencia, de manera que se pudiera ver en cada ser humana una imagen de Cristo, si bien es cierto deteriorada por el peso del pecado, pero también susceptible de ser rescatada por el sacrificio de la cruz, y mediante la fe en el hijo de Dios, y en el poder del Espíritu Santo, el cual como sabemos levantó de entre los muertos al primogénito de toda creación; buscando así recuperar la imagen y semejanza perdida.

Jesucristo, Dios hecho carne es la respuesta a la miseria y los problemas del hombre. Los pecadores se habrían esforzado en vano, con buenas obras, con méritos, con suplicas y ruegos, con lágrimas,

sacrificios, y con penitencia tratando de alcanzar la reconciliación con Dios. Al respecto Francisco Lacueva, acuña en su comentario el uso del término pontífice, para exaltar la obra de Jesucristo, como mediador entre el hombre y Dios, según leemos:

Fue Dios quien tendió ese puente, enviando a su único Hijo al mundo para hacerse hombre y morir en la cruz por nuestros pecados, para ser nuestro “pontífice” (el que hace de puente), nuestro mediador y nuestro sustituto. (Lacueva, 1979, pág. 23)

Desde el punto de vista de la doctrina y la fe cristiana la creación, desde su origen y hasta su fin, se deben comprender a través del misterio de la encarnación. Cristo mismo es el que revela a la humanidad el misterio del mundo y de la historia. Por lo tanto, la creación y el nuevo pacto, o salvación no se contraponen, sino que están íntimamente relacionadas. La creación en sí misma camina hacia Jesucristo. Y la salvación es el término de la creación.

Cuando se considera a Jesucristo, como revelación de y para el hombre es posible que se pueda tener un conocimiento espiritual del hombre a la luz de la revelación. Obviamente, aquí nos referimos a un conocimiento por revelación mediante la fe en Jesucristo, lo cual hemos entendido que es una gracia de Dios y por lo tanto no es producto de una aprehensión intelectual del hombre.

En las Escrituras encontramos registrado el testimonio externo de la intención que hubo en Dios desde la eternidad respecto de la creación del hombre. La creación del hombre a la imagen y semejanza de Dios sería la obra maestra de Dios. El hombre sería la corona de la creación y el reflejo de la imagen, la vida, la autoridad y la gloria de Dios.

En la carta a los Romanos, el Apóstol Pablo nos dice que, el primer Adán es figura del que había de venir. Ese que había de venir, es Jesucristo; podemos inferir que la creación del primer hombre obedece a un modelo eterno que Dios tenía concebido en su voluntad. Estaba contemplado que el Hijo de Dios asumiría nuestra humanidad por toda la eternidad.

Hoy existe un hombre exaltado y sentado a la diestra de Dios y este posee una imagen de hombre para toda la eternidad, así que el primer Adán tenía que ser pensando y creado a imagen de lo que sería la humanidad de Cristo en todo sus aspectos. En otras palabras, Adán fue hecho por causa de Cristo.

El desarrollo del plan eterno de Dios para el hombre pasa por cuatro etapas:

1. La creación
2. La caída
3. La restauración
4. La glorificación o consumación.

Esta glorificación está definida por la restauración de la imagen de Dios, en la perfección de Jesucristo. Y se entiende como consumación porque es la finalidad de la salvación, prevista y ofrecida por Dios.

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos o dominios, sean principados o potestades; todo fue creado por medio de él, y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas por él subsisten, y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Colosenses 1:15-20

Entendemos que para la fe cristiana la antropología está enfocada en función de la cristología; lo que, según el Nuevo Testamento, define al ser humano no es el Adán del Antiguo Testamento, sino Jesucristo, quien es la imagen de Dios, 'Él es el nuevo y verdadero Adán.

Pero la cristología también descansa sobre un par de afirmaciones fundamentales que insisten en subrayar la decisiva importancia de la corporeidad manifestada a través de la historia en los dos momentos clave del acontecimiento de Cristo, a saber: la encarnación y la resurrección.

Según la Escritura, el Espíritu Santo es el poder de Dios que levantó a Jesucristo de entre los muertos, y ese mismo poder es que ha vencido a la muerte y faculta a los creyentes a la vida eterna, por lo que ellos también vencerán a la muerte, por la obra de ese poder.

Cuando hacemos mención de la restauración de la Imago Dei, como un evento escatológico, nos estamos refiriendo al hecho del final de los tiempos, que será el momento de la consumación del proceso iniciado en el nuevo nacimiento. La restauración de la imagen de Dios en el hombre, es posible por la vida nueva en Jesucristo. La gracia de Dios ha alcanzado al hombre y pone nuevamente a su disposición los bienes originales del huerto del Edén, la victoria sobre el pecado, la enfermedad, la vergüenza, el miedo y el dolor.

La comunión con Dios, es restaurada por la redención obtenida por medio del sacrificio de Jesucristo. La imagen de Dios, en su sentido funcional, relacional y sustantivo volverán a su idea original, el hombre nuevamente recuperará su lugar en la creación, su relación con Dios y sus semejantes, la relación con su entorno y con el resto de la nueva creación. Todos estos son enunciados del futuro escatológico, y son posibles únicamente por la gracia de Dios ofrecida en la intervención de Jesucristo.

En la glorificación, todos aquellos que han llegado por la fe en Jesucristo a este punto de su experiencia cristiana tienen la certeza por el Espíritu Santo y la fe, que han recuperado la vida, la imagen y el reino de Dios. A estos creyentes, les espera la gloria, la consumación, la cual les será dada en la resurrección de los muertos cuando Jesucristo venga por los suyos en su segunda venida y de esa manera haya consumado el eterno propósito de Dios.

Jesucristo es la encarnación perfecta de la imagen misma de Dios. Él es la revelación suprema del Padre, es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen misma de su sustancia. Aunque Dios se ha revelado en diversas formas a lo largo de la historia, por medio de su eterna gracia ahora es posible para la humanidad contemplar la luz del conocimiento de la gloria de Dios que brilla en la persona de Jesucristo, de tal manera que, viendo su gloria, el hombre puede ser transformados en esa misma imagen, la cual se va perfeccionando de gloria en gloria. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. 2a Corintios 3:18.

Jesucristo es la imagen de Dios. Él es quién lo ha manifestado, quién nos ha mostrado Su gloria y quién lo ha hecho visible y accesible a todos los hombres. Jesucristo es Dios. La restauración de

la imagen dañada y perdida por la caída, será posible únicamente por la gracia y la fe en Dios, manifestado en la persona de Jesucristo en la consumación de los tiempos. Amén.

A manera de resumen del capítulo, diremos que el hombre tiene por iniciativa de Dios la oportunidad de recuperar la imagen perdida, la imagen perdida por Adán, no será recuperada por el hombre en Adán, sino que esa imagen ahora esta vista en función del hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo es la imagen de Dios, y el hombre está llamado y atraído hacia esa imagen, para que en todo Jesucristo tenga preeminencia. La restauración de la Imago Dei, debe ser entendida como un evento escatológico, destinado al tiempo final, y este momento será la consumación del proceso iniciado en el nuevo nacimiento.

Conclusiones

En este artículo se planteó la necesidad de encontrar las dimensiones del daño de la Imago Dei, en el momento de la caída, desde una perspectiva soteriológica. Para el logro de este objetivo se definieron conceptos e ideas sobre la Imago Dei, se obtuvo el conocimiento sobre qué y cómo era la Imago Dei en el hombre en su creación, se expuso las consecuencias de la caída del hombre en la Imago Dei, y también se analizó la respuesta de Dios con su plan de salvación. Con tal investigación se obtuvo las siguientes conclusiones:

1. El término Imago Dei, significa Imagen de Dios, por lo que estudiar y entender al hombre en su relación con Dios, y con el resto de la creación es de suma importancia para comprender el plan original de Dios. Es la Escritura la que declara que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y lo hace por medio de dos relatos, cada uno complementando al otro. En ellos se ve un proceso que puede identificar el orden y secuencia de los eventos: creación, caída, introducción del pecado y la muerte, para que sea Dios quien intervenga ofreciendo al hombre un plan de Salvación, para el retorno al plan original, y que el hombre sea reconciliado con su Creador. Al principio Dios y el hombre gozaban de una perfecta armonía. Dicha armonía fue trastornada, cuando el hombre haciendo uso de su libertad, decide que quiere conocer el bien y el mal, dando prioridad a los deseos del intelecto y la razón, inclinando su corazón al deseo de querer conocer todas las cosas, pecando contra Dios, deseando ser como él. Se identifican tres puntos de vista que describen la Imago Dei: el sustantivo que comprende la imagen dentro de la persona humana, el relacional que se experimenta a partir de la relación del hombre con Dios y con los demás hombres, y el funcional que se experimenta con lo que hombre hace.
2. En el evento conocido como la creación, encontramos la presencia del Espíritu de Dios, del Verbo y de Dios Padre; cada uno actuando en el plan establecido. Cuando hablamos de creación nos estamos refiriendo a la obra de Dios por medio de la cual, él dio vida a todo lo que hay, tanto en el universo, como en el mar, el aire y sobre la tierra. Existen en la Escritura dos relatos de la creación, podemos mencionar algunos elementos a manera de resumen, que nos permitan entender los propósitos de cada uno de ellos. Es importante definir que ninguno de ellos

contradice al otro, no hay relevancia que los distinga. Es más, uno complementa al otro. Los dos relatos coinciden en las siguientes afirmaciones como contenido teológico de su reflexión: Dios no tiene principio; es un ser personal; la creación en su origen responde a los planes de Dios; Creador de todo cuanto existe; el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es la cúspide y centro de toda la creación; hombre y mujer están hechos el uno para el otro.

3. Decimos que hubo daño en la imagen de Dios, porque vemos las evidencias en la conducta humana, no solamente ante sus semejantes, sino también en su interacción con la naturaleza, y el resto de la creación, en su búsqueda de hacer su voluntad, tratando por sus propios recursos de alcanzar aquello mismo que Dios le había ofrecido, pero sin considerar las pretensiones y requerimientos de Dios. El pecado original, ha dañado la imagen de Dios en el hombre, ocasionando su mayor efecto en el ámbito espiritual del mismo, provocando la depravación y la incapacidad total. El hombre ignora su llamado, su vocación para ser la imagen de Dios, y su deseo se inclinó hacia su intelecto, quería conocer el bien y el mal, buscando ser igual a Dios. El hombre, no fue capaz de mantener, ni tampoco de ejercer la imagen de Dios, por lo que después de haberla perdido, es Dios quien decide soberanamente otorgar al hombre una esperanza manifestada en la salvación y por ende en la recuperación de la imagen de Dios, como meta.
4. El hombre tiene por iniciativa de Dios la oportunidad de recuperar la imagen perdida, la imagen perdida por Adán, no será recuperada por el hombre en Adán, sino que esa imagen ahora esta vista en función del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo es la imagen de Dios, y el hombre está llamado y atraído hacia esa imagen, para que en todo Jesucristo tenga preeminencia. La restauración de la Imago Dei, debe ser entendida como un evento escatológico, destinado al tiempo final, y este momento será la consumación del proceso iniciado en el nuevo nacimiento.

Desde el punto de vista relacional, el hombre refleja la imagen de Dios, de la misma manera como en un espejo se refleja fielmente la imagen de todo aquel que se ubique frente a él. Luego el hombre, si ha de manifestar y reflejar fielmente la imagen de Dios, lo hará en función de su prójimo, y del resto de la creación. En otras palabras, cuando el hombre se vuelca hacia su

hermano, al pobre, al desvalido, y le acompaña, le sirve y le ayuda, entonces está reflejando y manifestando la imagen de Dios. El hombre es la imagen de Dios cuando logra ser los ojos del que no puede ver, las manos del desvalido, los oídos del sordo; cuando el hombre extiende sus manos al que no tiene pan, cuando atiende al enfermo y acompaña al que sufre, manifiesta fielmente el reflejo de la imagen de Dios.

Recomendaciones

Dada la investigación realizada, sobre las dimensiones del daño de la Imago Dei, en el momento de la caída, desde una perspectiva soteriológica, se considera pertinente realizar las siguientes recomendaciones:

1. No emitir juicios precipitados que pretendan inferir que Dios tiene alguna responsabilidad al permitir tanta maldad en el mundo, ya que como pudimos observar a lo largo del artículo, la responsabilidad recae únicamente en el hombre, y en el pecado consecuencia de la introducción del mal en el mundo, y en la degradación de la imagen de Dios en él.
2. No puede pretenderse que el hombre se considere a sí mismo capaz de encontrar, por sus propios medios, el camino de regreso hacia los bienes ofrecidos por Dios. Lo que se ha intentado a lo largo del artículo, es ubicar al hombre en la correcta dimensión, ante Dios, a través de la dialéctica Dios-criatura.
3. Para hacer declaraciones sensatas sobre las causas del mal y la proliferación del pecado, se deberá partir del estudio correcto del plan original de Dios, en su creación, en su decisión de hacer al hombre a su imagen y semejanza. Solamente a partir de la justa comprensión del hombre ante Dios, puede haber alguna luz para interpretar la imagen perdida, y la forma en la que Dios, a pesar de haber sido ofendido por el hombre, le otorga un camino. Jesucristo es la imagen de Dios, y el hombre solo puede recuperar la imagen perdida a través de la fe en la obra redentora de él.
4. Valorar la predicación del evangelio al ofrecer una explicación de la condición espiritual del hombre ante Dios, en su situación de naturaleza de pecado, para que entienda su responsabilidad, y que busque por medio de Jesucristo la reconciliación con Dios, para que al final de los tiempos, en la glorificación juntamente con Jesucristo sea restablecida en todos nosotros la imagen de Dios. Amén.

Referencias

- Archer, G. L. (1981). *Reseña Crítica de una Introducción al Antiguo Testamento*. Michigan: Portavoz.
- Berkhof, L. (1949). *Teología Sistemática*. Michigan.
- Erickson, M. (2008). *Teología Sistemática*. Barcelona: CLIE.
- Galvez Krüger, J. (s.f.). *Enciclopedia Católica Online*. Recuperado el 20 de Septiembre de 2018, de Imago Dei: El hombre creado a imagen de Dios:
- Gibellini, R. (1998). *La Teología del siglo XX*. Santander: Sal Terrae.
- Gonzalez, J. L. (2009). *Historia del Cristianismo*. Miami: Unilit.
- Gonzalez, J. L. (1994). *Historia del Pensamiento Cristiano*. Miami: Unilit.
- Justo, E. J. (2017). *La Salvación, Un esbozo de Soteriología*. Salamanca: Ediciones Seguime.
- Lacueva, F. (1979). *La persona y la obra de Jesucristo*. Barcelona: CLIE.
- Ladaria, L. F. (1993). *Teología del Pecado Original y de la Gracia, Antropología Teológica Especial*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Nee, W. (2005). *El Hombre Espiritual*. Barcelona: CLIE.
- Peña, J. L. (1988). *Imagen de Dios, Antropología Teológica Fundamental*. Santander: Sal Terrae.
- Rad, G. v. (1969). *Teología del Antiguo Testamento, I. Tradiciones Históricas de Israel*. Salamanca: Ediciones Seguime.
- Ryrie, C. (1990). *Una salvación tan grande*. Mexico: Las Americas, A.C.
- Sierra, A. M. (2002). *Antropología Teológica Fundamental*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- vonRad, G. (1982). *El libro de Génesis*. Salamanca: Seguime.
- Pannenberg Wolfhart (1996). *Teología Sistemática Vol. II*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas. Editorial Sal Terrae
- http://ec.aciprensa.com/wiki/Imago_Dei:_El_hombre_creado_a_imagen_de_Dios